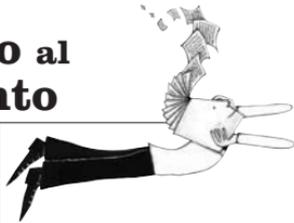


libro al viento



UNA CAMPAÑA
DEL INSTITUTO
DISTRITAL
DE CULTURA
Y TURISMO
Y LA SECRETARÍA
DE EDUCACIÓN



IFPC-UNESCO

Con el aval del Fondo Internacional
para la Promoción de la Cultura

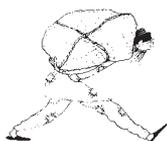


ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D. C.

Secretaría
EDUCACIÓN

Instituto Distrital
CULTURA Y TURISMO
Una Excepción por el Orgullo

Bogotá sin indiferencia



LOS SIETE VIAJES

DE SIMBAD EL MARINO



Alcaldía Mayor de Bogotá

Instituto Distrital de Cultura y Turismo
Secretaría de Educación del Distrito

LOS SIETE VIAJES



DE SIMBAD EL MARINO

Versión integral procedente del *Libro de las mil y una noches*

Traducción del árabe de Jaime Gil Biedma

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ



Luis Eduardo Garzón
ALCALDE MAYOR DE BOGOTÁ

Instituto Distrital de Cultura y Turismo

Martha Senn
DIRECTORA

Victor Manuel Rodríguez Sarmiento
SUBDIRECTOR DE FOMENTO A LAS ARTES
Y LAS EXPRESIONES CULTURALES

Ana Roda
GERENTE DE LITERATURA

Secretaría de Educación del Distrito

Abel Rodríguez Céspedes
SECRETARIO DE EDUCACIÓN DISTRITAL

Francisco Cajiao
SUBSECRETARIO ACADÉMICO

Isabel Cristina López
DIRECTORA DE GESTIÓN INSTITUCIONAL

Elsa Inés Pineda Guevara
SUBDIRECTORA DE MEDIOS EDUCATIVOS

Roberto Puentes Quenguan
DINAMIZADOR PLAN DISTRITAL DE LECTURA Y ESCRITURA

© Instituto Distrital de Cultura y Turismo

www.idct.gov.co

Todos los derechos reservados. Prohibida su
reproducción total o parcial sin permiso del editor

ISBN 958-8232-80-5

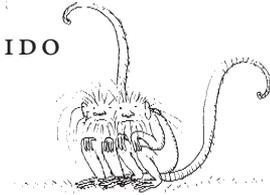
Asesor editorial: Julio Paredes Castro

Coordinadora de publicaciones: Diana Rey Quintero

Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña

Impreso por Prensa Moderna Impresores. Hecho en Colombia

CONTENIDO



| | |
|--|-----|
| Introducción | 9 |
| Los siete viajes de Simbad el marino | 14 |
| Historia del primer viaje de Simbad el marino | 19 |
| Historia del segundo viaje de Simbad el marino | 31 |
| Historia del tercer viaje de Simbad el marino | 44 |
| Historia del cuarto viaje de Simbad el marino | 65 |
| Historia del quinto viaje de Simbad el marino | 87 |
| Historia del sexto viaje de Simbad el marino | 105 |
| Historia del séptimo viaje de Simbad el marino | 125 |

La historia de los siete viajes de Simbad el marino pertenece al *Libro de las mil y una noches*, una colección anónima, nacida de la tradición clásica árabe y persa, que parece abarcar todos los posibles relatos contados por los hombres, en todos los géneros literarios posibles; desde las aventuras más fantásticas y divertidas, con genios y monstruos de otros mundos, hasta las historias de la muerte, la pasión y el amor. Y es precisamente la historia de la búsqueda del amor la que daría comienzo a esta famosa antología.

Un soberano, el rey Schariar, agobiado por la falta de amor, busca desesperadamente una mujer que alivie su corazón. En su amargura sin término, el hombre llama cada noche a una mujer distinta, con la terrible advertencia de que si él no encuentra la felicidad antes del amanecer, la mujer morirá irremediabilmente. Muchas mujeres mueren, sin haber podido calmar el desánimo y el hastío del rey, hasta cuando aparece Sherezada, hija de un visir, mujer encantadora, quien se ofrece de manera voluntaria a

la prueba del rey, pero a quien también la acompaña el poder de un secreto.

A diferencia de las mujeres que la precedieron, víctimas de ese destino fatal, Sherezada logra con el don del ingenio y la palabra aplacar poco a poco la amargura del rey. Conciente de que nadie puede sustraerse a la atracción y la fuerza de un relato bien narrado, Sherezada distraerá la atención del rey Schariar cada una de las siguientes mil y una noches, contándole una historia. Para lograrlo, no sólo cuenta el cuento sino que echa mano del ardid literario del suspenso, dilatando de tal forma las historias



que, a la hora del amanecer, la misma hora en la que el rey debe cumplir la terrible advertencia, el relato se encuentra en su momento más emocionante y divertido. Ansioso por saber el final, el rey permite que Sherezada regrese la noche siguiente y, aquí de nuevo, el relato de la mujer vuelve a quedar sin solución a la salida del sol, para seguir así adelante en una espiral que no concluye sino hasta cuando el rey le perdona la vida, pues ha descubierto que Sherezada es también el amor que necesitaba y perseguía.

Como existen distintas versiones y adaptaciones del *Libro de las mil y una noches*, el relato que hace Sherezada de los “Siete viajes de Simbad el marino” empieza, para algunos, en la noche 317 y termina en la 335 y, para otros, empieza en la noche 290 y termina en la 315. Aún así, lo importante es que todas comparten las características fundamentales del protagonista Simbad, así como la naturaleza de sus aventuras y padecimientos. En la presente adaptación, hemos excluido las divisiones que imponen en la lectura la llegada del amanecer y el comienzo de cada noche.

En síntesis, todos y cada uno de los siete viajes de Simbad el marino avanzan bajo una misma

fórmula: espoleado por la curiosidad, por el ansia de conocer y explorar los límites de todas las geografías posibles, por la pasión de enfrentarse a lo desconocido, Simbad abandona su apacible y próspero hogar en la ciudad de Bagdad, ¡la Mansión de la Paz!, para lanzarse al mar y, después de padecer sufrimientos sin nombre y ver prodigios que lo dejan perplejo, regresar a su casa gracias a la buena suerte y a las bendiciones de Alá, el más grande. Las travesías de Simbad terminan cuando, conciente por fin de la imprudencia de su nostalgia “marina”, jura no volver a navegar. Aún hoy, después de tantas crueldades, el lector no dejará de estremecerse ante los afanes de Simbad por sobrevivir, sobreponiéndose a trances inauditos que bordean el horror, como, por ejemplo, las escenas casi de ultratumba que debe protagonizar en su cuarto viaje, uno de sus más famosos y recordados.

No sobra agregar que entre las múltiples coincidencias que los viajes de Simbad el marino comparten con la literatura clásica occidental –como los viajes de prueba para los caballeros medievales, por ejemplo– la más reconocida y feliz está en las aventuras de Ulises, el ingenioso y audaz héroe griego.

Aunque Ulises recorre el mundo a pesar de sí mismo, tanto él como Simbad le muestran al lector que otra forma de encontrarse a sí mismo es enfrentarse a los demás, a lo habitantes de lo desconocido.

Los siete viajes de Simbad el marino

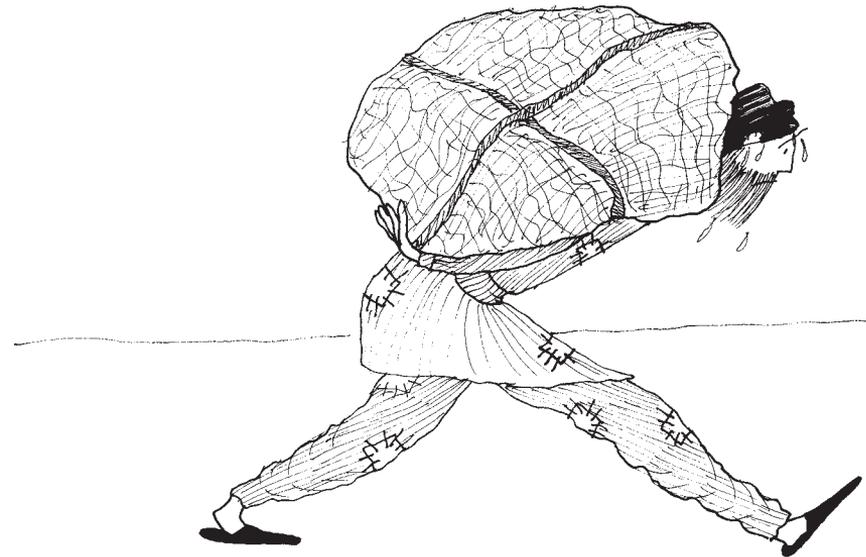
Entonces Sherezada le contó al rey Schahriar:

“Ha llegado a mis oídos, oh rey, que en la ciudad de Bagdad vivía un hombre llamado Simbad el costalero. Era un hombre muy pobre, quien trabajaba cargando bultos en la cabeza y la espalda. Un día de mucho calor cargaba un bulto muy pesado y tuvo que buscar un sitio donde descansar. Pasó frente a la puerta de la casa de un mercader rico, donde había un amplio techo con sombra y soplaban una brisa agradable. Dejó el bulto a un lado y respiró los aromas deliciosos que salían de aquella casa. Entonces, escuchó música y gente cantando y recitando versos, y escuchó también el canto de distintos pájaros, que alababan a Alá, el más grande.

Simbad el costalero se maravilló y pensó que el dueño de la casa era un hombre muy afortunado, viviendo en ese lugar con tantas delicias y decidió acercarse a la puerta. Vio adentro un hermoso

jardín florido, por donde pasaban muchos esclavos y criados, como si se tratara del palacio de un rey o un sultán, y olió el aroma de unos manjares exquisitos. Alzó entonces los ojos al cielo y recitó unos versos y dijo:

—¡Oh, Gloria a ti Señor, el Creador, que le das todo a quien Tú quieres! ¡Tú, Señor, eres el más poderoso, y haces pobre o rico a quien quieres! Y como esa es tu voluntad, el dueño de esta casa vive en la riqueza y goza de todas las delicias, con las comidas más sabrosas y los mejores vinos. ¡Tú les das a los hombres lo que Tú decides, y así unos descansan y



otros trabajan, unos gozan de fortuna y riquezas y se divierten y otros, como yo, cargamos bultos pesados y vivimos en la pobreza!

Después de decir esto en voz alta, Simbad el costalero recogió su carga y decidió seguir su camino. Pero, de pronto, se abrió la puerta de la casa y apareció un criado, un muchachito muy lindo y con un traje muy lujoso. El muchacho agarró a Simbad de la mano y le dijo que su señor quería hablar con él. Simbad trató de zafarse de la mano del criado, pero este no lo soltó y entonces Simbad tuvo que dejar el bulto afuera y entrar a la casa. Adentro, se encontró con un maravilloso palacio y el criado lo llevó a un salón donde había grandes señores sentados alrededor de unas mesas adornadas con flores, hierbas, frutas y toda clase de comidas y vinos deliciosos.

Había también lindas esclavas que interpretaban instrumentos y cantaban para los invitados, quienes se sentaban según su rango, y en el sitio más elevado se encontraba un hombre canoso, con un rostro y un cuerpo imponentes. Simbad el costalero se maravilló al verlo y pensó que esa casa era una de las mansiones del Paraíso y que debía ser propiedad

de un rey o un sultán. Entonces Simbad saludó a los señores, besó la tierra, volteó a mirar a un lado y permaneció inmóvil en señal de respeto. Sin embargo, el dueño de la casa lo hizo seguir y ordenó que le sirvieran las mejores comidas y Simbad el costalero comió hasta quedar satisfecho y dio las gracias a Alá. Se lavó las manos y el señor de la casa le dijo:

–Bienvenido seas, hijo mío. ¿Cómo te llamas y cuál es tu trabajo?

–Me llamo Simbad –respondió el costalero– y trabajo cargando bultos.

El anfitrión sonrió y dijo:

–Sabes, cargador, que somos tocayos, pues te llamas igual que yo. Soy Simbad el marino y quiero que me repitas los versos que estabas recitando afuera.

Simbad el costalero se avergonzó y dijo que él no era un hombre educado, pero el señor de la casa le insistió, y después de volverlos a escuchar le dijo:

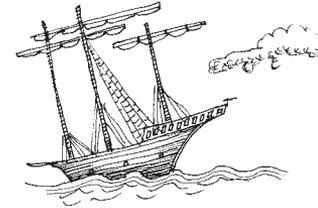
–Te voy a contar una historia. Te voy a contar todo lo que me sucedió antes de llegar a esta casa y convertirme en un hombre próspero, rodeado de tanta riqueza. Te voy a contar la historia de mis siete viajes, en los que pasé muchos apuros y peligros. Has

de saber que el relato de cada viaje deja asombrado a quien lo escucha, pues todos fueron aventuras que ya estaban escritas y fueron producto del destino, contra el que ninguno puede hacer nada.

Entonces Simbad el marino empezó a relatar su primer viaje.

Historia del primer viaje

de Simbad el marino

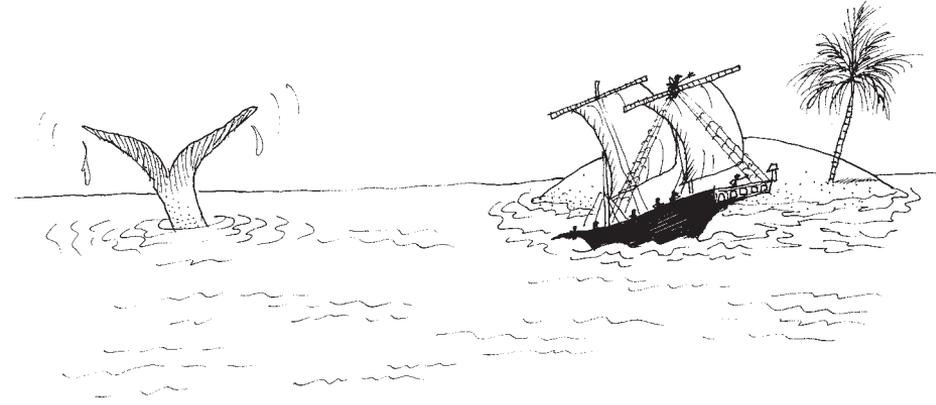


Sepan ustedes honorables invitados que mi padre era un mercader respetado por todos y alcanzó mucha riqueza. Murió cuando yo era niño y me dejó de herencia una gran fortuna, con propiedades y dinero. Cuando fui mayor de edad, me adueñé de esta fortuna y empecé a gastar todo en fiestas con los muchachos de mi edad. Creí que las riquezas me durarían para siempre y cuando me di cuenta de mi error ya no tenía nada. Quedé perdido y sin saber qué hacer y entonces decidí vender lo que me quedaba de muebles y ropa y también las tierras que aún poseía. Con este dinero, se me ocurrió la idea de ir a viajar por todos los países, y entonces me dirigí al mercado y compré todo lo necesario para comerciar y viajar.

Mi alma decidió que hiciera los viajes por el mar y me embarqué en un navío en el puerto de

Bazra. Iban conmigo algunos mercaderes y después de varios días llegamos a una isla, donde, después de echar el ancla, nos bajamos y encendimos fogatas y cocinamos. Mientras estábamos en estas tareas, el dueño del barco, que no se había bajado, empezó a gritar:

—¡Pasajeros! Corran y vuelvan al barco. Dejen todo ahí y no se preocupen de sus cosas; vuelvan si quieren salvar sus almas, pues eso que ustedes creen que es una isla es un inmenso pez, que se echó a descansar y lo cubrió la arena y ahora parece una isla, por los árboles que le crecieron encima. Pero cuando sienta el calor de las fogatas, empezará a sacudirse y se lanzará al mar y todos se ahogarán sin remedio. ¡Así que dense prisa, si quieren salvar sus almas y librarse de la muerte!



Cuando los pasajeros oyeron los gritos del dueño del barco, dejaron todo y corrieron hacia el navío; sin embargo, algunos no alcanzaron a llegar, pues de pronto la isla entera se sacudió y se sumergió en el fondo del mar, llevándose todo lo que tenía encima. Yo fui uno de los que se hundió con el gran pez. La mayoría se ahogó, pero Alá quiso librarme de la muerte y me envió un tronco de árbol.

Me agarré al tronco, me acomodé de espaldas y empecé a remar con los pies. Las olas me zarandeaban de un lado a otro, hasta que llegué a una isla alta, donde las ramas de los árboles llegaban

hasta el borde del mar. Pude agarrarme a las ramas de esos árboles y logré llegar hasta la orilla y salvarme. Encontré en la isla muchas frutas y agua dulce y comí de esas frutas y bebí de esa agua dulce y deliciosa.

Estuve así por varios días y varias noches, hasta que empecé a sentirme más tranquilo y logré recuperar las fuerzas del cuerpo para poder explorar la isla. Me maravillé de todos los árboles y de todas las cosas que Alá había creado allí, y después de varios días descubrí un gran bulto en la distancia. Al principio, pensé que se trataba de una fiera o de un monstruo salido del mar, y cuando me acerqué el animal dio un relincho tan feroz que me asusté y retrocedí. De repente, vi salir a un hombre de la tierra, que enseguida empezó a gritarme y a seguirme.

–¿Quién eres? –preguntó– ¿De dónde vienes y por qué estás en esta isla?

Le conté todo lo que me había sucedido y, entonces, al oír mi relato se maravilló, me tomó de la mano y me dijo:

–Ven conmigo.

Me llevó a un gran sótano, me hizo sentar y me

servió de comer. Como yo estaba hambriento, comí hasta quedar lleno y le dije:

–¡Oh, mi señor! No te ofendas, pero así como yo te conté mi historia, quisiera que me contaras tú quién eres.

–Nosotros –respondió– trabajamos para el rey Al-Mahrachán y cuidamos todos sus caballos. Cada mes, cuando hay luna nueva, venimos a la isla y traemos las yeguas de pura raza, las atamos a los árboles antes del amanecer y después nos ocultamos en un hueco bajo tierra. Al poco rato, aparece un caballo alazán nacido del mar y, al no ver a nadie alrededor, va en busca de la yegua. Está con ella un rato y después quiere llevársela al mar, pero como la yegua está atada al árbol, el caballo empieza a relinchar y a dar patadas furiosas; entonces, cuando todos escuchamos los relinchos, salimos y empezamos a espantar al caballo que de inmediato se lanza de regreso al mar. La yegua ha quedado preñada y después de un tiempo da a luz un potro o una potranca, que valen como un tesoro y no hay animal que se les pueda comparar.

Esta suele ser la hora en la que aparece el alazán y, si Alá lo quiere, te llevaré a la corte del rey Mahrachán y te mostraré nuestro país. Y has de saber que,

de no haberte encontrado con nosotros, hubieras muerto sin que nadie se hubiera enterado. Pero ahora, yo cuidaré de ti y haré que vuelvas a tu casa sano y salvo.

Le pedí al cielo que lo bendijera y le di las gracias por su bondad conmigo y entonces vimos salir del mar al caballo, con un relincho que hizo retumbar todo. Se lanzó sobre la yegua y después intentó llevársela consigo, pero como estaba atada empezó a lanzar patadas y mordiscos, dando unos relinchos que nos aturdían. Ahí mismo, el hombre tomó la espada y una lanza, salió hasta la puerta del sótano y les gritó a sus compañeros:

–Vayan donde el alazán y sacudan las lanzas y las espadas.

De inmediato, todos se acercaron al caballo levantando las lanzas y dando gritos, hasta que lo espantaron. El animal huyó despavorido y se lanzó al mar y desapareció bajo el agua.

El hombre se sentó un rato y esperó a que aparecieran sus compañeros. Cuando llegaron, cada uno traía una yegua. Al verme en compañía del otro, quisieron saber quién era yo y qué hacía ahí. Les relaté todo lo que me había sucedido y entonces se acerca-

ron más y tendieron en el suelo sus tapices para comer. Me invitaron a comer y comimos hasta quedar satisfechos. Cuando terminó la comida, se pusieron de pie y montaron en sus caballos. A mí me llevaron a lomos de uno de estos caballos y cabalgamos sin parar, hasta llegar a la corte del rey Mahrachán.

Ellos entraron primero y le contaron al rey mi historia y después el monarca me invitó a seguir a su trono. Lo saludé con una reverencia y él me devolvió el saludo con mucha cortesía. El rey quiso saber qué me había sucedido y le conté todo de principio a fin. Después de oír mi relato, el rey me dijo:

–¡Por Alá, hijo mío! Tuviste mucha suerte de encontrarte allá con mis hombres, pues de otra forma no habrías podido salir con vida. Alabemos a Alá que te protegió.

Después el rey hizo fiestas en mi nombre y, mostrándome un cariño especial, me nombró encargado del puerto, para que le llevara las cuentas de los barcos que entraban. Yo lo visitaba con regularidad para escuchar sus órdenes y él siempre me trataba con bondad, me brindaba toda clase de favores y me regalaba hermosos trajes. Así, me convertí en hombre de su confianza y de mensajero entre él y su pueblo.

Pasó largo tiempo y siempre que iba al puerto les preguntaba a los mercaderes y marineros si alguno venía de Bagdad, con deseos de regresar a mi tierra natal, pero ninguno conocía la ciudad, ni a nadie que viniera de allá. Yo me sentía triste, cansado de llevar tantos días en tierras extrañas. Sin embargo, yo disimulaba y me presentaba ante el trono del rey Mahrachán, donde una vez me encontré con un grupo de hindúes que me preguntaron sobre mi país y yo después les pregunté por el de ellos y me asomé de todas las maravillas que me contaron.

También en el reino del rey Mahrachán vi una isla llamada Kasil, donde todas las noches se escuchaban ruidos de tambores, y vi en ese mismo mar un pez inmenso que asustaba a los pescadores, quienes, cuando se acercaba, hacían ruido en el agua con palos para espantarlo. Vi además otro pez con cabeza de pájaro, que era horrible de ver, y vi muchas otras cosas maravillosas que no terminaría de contar. Recorrí y exploré todas las islas de ese reino, hasta que un día, esperando a la orilla del mar como era mi costumbre, observé que un barco se acercaba al puerto desde lejos, trayendo mercancías y tesoros.

Cuando el barco llegó al puerto y soltó el ancla,

los marineros empezaron a descargar lo que llevaba a bordo. Les tomó mucho tiempo hacerlo y yo tomaba nota de todo lo que bajaban a tierra. Cuando pareció que habían terminado, le pregunté al capitán de la embarcación si no traían nada más.

–Pues en la bodega tenemos mucha más mercancía –contestó el capitán–. Pero el dueño de todas esas cosas naufragó y se ahogó, dejándolas a bordo. Ahora, nuestro deseo es venderlas y llevarles el dinero a sus familiares en Bagdad, la Ciudad de la Paz.

Al oír esto le pregunté:

–¿Cómo se llamaba el dueño de las mercancías?

–Simbad el marino, pero el pobre murió ahogado.

Al oír sus palabras, lo observé con mayor atención y lo reconocí, y dando un grito, le dije:

–Para que sepas, capitán, yo soy el dueño de esas mercancías, pues yo soy Simbad el marino, a tu servicio.

–¡No hay gloria ni poder sino en Alá! –contestó el capitán–. ¡Ya no hay entre los hombres ni conciencia ni buena fe!

–¿Por qué dices eso? –le pregunté.

–Pues porque cuando escuchaste que las

mercancías eran de un hombre que se ahogó, ahora quieres llevártelas sin ningún derecho y eso está muy mal. Nosotros fuimos testigos de cómo se ahogó el desdichado y nos consta que otros pasajeros que estaban con él murieron y, entonces, ¿cómo te atreves a decir que eres el dueño de esas mercancías?

—¡Oh, capitán! —exclamé—. Escucha mi historia, oye bien mis palabras, y sabrás que digo la verdad. Oye primero y después juzga.

Entonces le relaté todos los pormenores de lo que nos había sucedido en su barco desde que salimos de Bagdad hasta llegar a aquella isla donde zozobramos, le di tantos detalles que al fin el capitán se mostró convencido, como también los otros marineros, y enseguida me felicitaron por haberme salvado de la muerte y exclamaron:

—¡Por Alá! No creíamos que te hubieras salvado y ahora nos alegramos y le pedimos a Alá que te dé nueva vida y te recompense por tus sufrimientos.

Enseguida fueron y me trajeron las mercancías. Todas llevaban escrito mi nombre y pude ver que no faltaba ninguna. Abrí entonces algunos de los paquetes y saqué las cosas de mayor valor y les dije a los marineros que las cargaran para llevárselas al rey como

regalo. Le conté al rey que ese era el barco en el que yo había zarpado, que todas mis pertenencias estaban completas y como yo las había dejado y que los regalos que le ofrecía eran de esas mismas mercancías.

El rey se maravilló y se alegró mucho al comprobar que todo lo que yo le había contado era verdad. Su amor por mí aumentó y me dio a su vez regalos que valían tanto como los míos. Después vendí las mercancías y con todo ese dinero compré muchas cosas de esa ciudad. Cuando los mercaderes del barco se disponían a zarpar, pedí que subieran a bordo mis cosas y fui a ver al rey Mahrachán. Le di las gracias por todos los honores y los regalos que me había hecho y le pedí la venia para poder regresar a mi tierra y al lado de mi familia. Él me otorgó el permiso y me regaló otras muchas cosas valiosas para que me las llevara.

Me despedí del rey y subí al barco. Alá permitió que navegáramos sin parar y sin problemas hasta Bagdad, la Mansión de la Paz. Con toda la riqueza que llevaba, fui a mi barrio, entré a mi casa y de inmediato todos me saludaron, tanto mis amigos como mis familiares. Compré ahí mismo esclavos y criados y criadas y también casas y jardines y

huertos, hasta que terminé siendo más rico que antes y disfruté de la compañía de mis amigos y conocidos. Me olvidé de todos los padecimientos que había sufrido y, con todas las riquezas que tenía, comí y bebí de todo lo mejor que pude encontrar.

Y esta es, señores, la historia de mi primer viaje. Si Alá lo permite, mañana les contaré la historia del segundo de los siete que les dije.

Entonces Simbad, el del mar, se despidió de Simbad, el de tierra, le dio oro y le dijo:

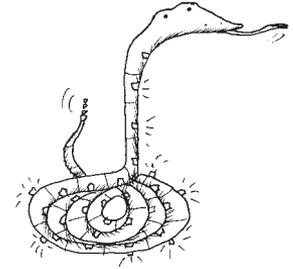
–Desde hoy seremos amigos.

Simbad el costalero le dio las gracias a Simbad el marino, tomó el dinero y salió. Mientras se alejaba, el costalero se maravilló de todas las cosas que le suceden a la gente. Esa noche durmió en su casa y cuando amaneció se dirigió a la casa de su tocayo. Entró como si fuera de su propiedad y Simbad el marino lo recibió con atenciones y lo hizo sentar a su lado. Después llegaron sus amigos y mandó que sirvieran comidas y bebidas y todos sintieron el alma llena de alegría.

Entonces, Simbad el marino tomó la palabra y empezó a relatar su segundo viaje.

Historia del segundo viaje

de Simbad el marino



–Como les conté ayer, queridos hermanos, yo llevaba en Bagdad la vida más tranquila y gozaba de muchos placeres y alegría. Pero un día, se me ocurrió la idea de echarme a andar por todos los países y en mi alma sentí la nostalgia de recorrer el mundo y comerciar. Me persiguió tanto esa idea que al fin decidí tomar algún dinero para comprar cosas y mercancías. Empaqué todo y me dirigí al puerto, donde encontré un barco lindo y nuevo y ordené que subieran todas las mercancías a bordo.

Ese mismo día zarpamos, nos hicimos a la mar y empezamos a navegar de una isla a otra. Estuvimos mucho tiempo de aquí para allá, hasta que el destino nos llevó a una gran isla, muy bonita y llena de árboles. Había toda clase de frutas y flores fragantes, se oía el canto de muchas aves y había también ríos

de agua cristalina. Sin embargo, por ninguna parte se veían casas, ni el humo de alguna chimenea.

Aún así, el capitán decidió atracar el barco en esa isla y entonces los marineros y pasajeros se bajaron para explorarla y maravillarse con los ríos y los árboles. Admirados, todos alabaron el poder de Alá. Yo también bajé a tierra y me senté en el suelo a comer. Resulta que allí soplaba una brisa deliciosa que, al aspirarla, se olvidaba uno de todas las preocupaciones y se tranquilizaba. Por eso, no fue una sorpresa que, después de un rato, me entrara el sueño y cayera dormido.

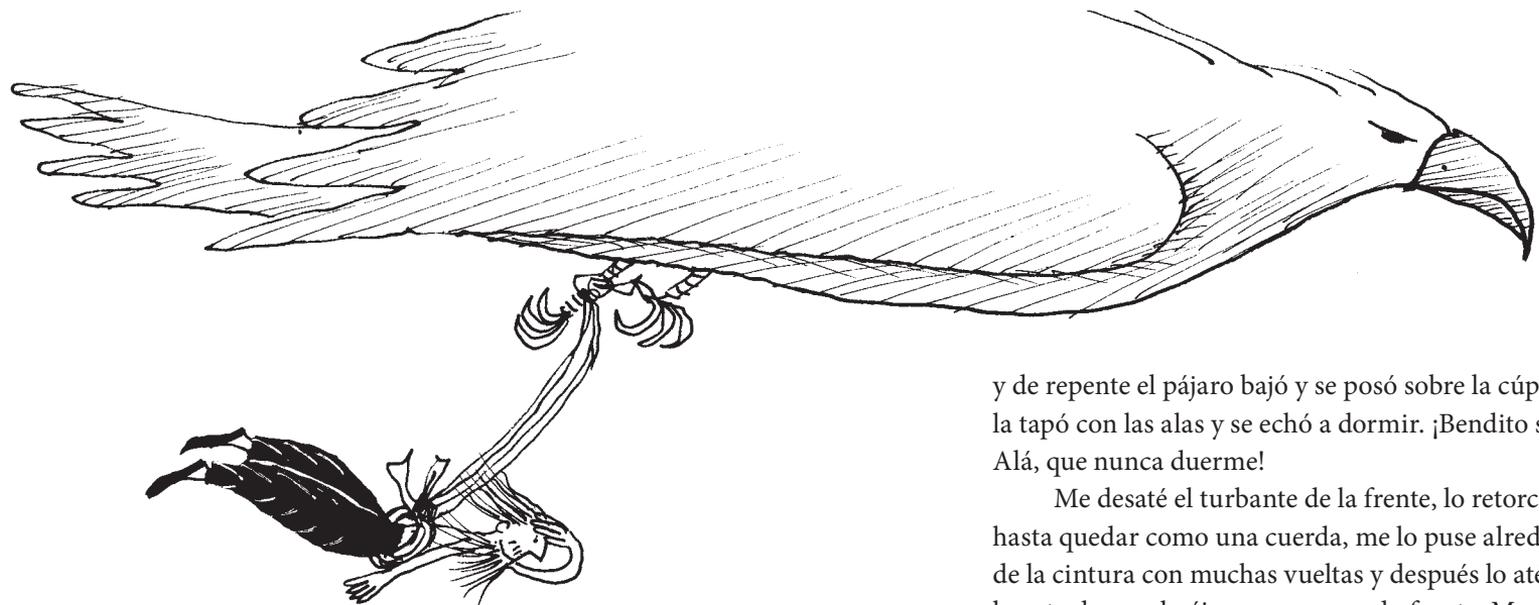
Cuando me desperté y abrí los ojos, vi que no había ninguno de mis compañeros, que por ninguna parte había hombres ni genios. Mientras dormía, el barco había zarpado con todos, dejándome solo. Me entró la mayor pena y era tanto mi dolor que pensé que se me iba a romper el corazón, pues no tenía ninguna de mis pertenencias, como tampoco tenía nada para comer ni beber, ni tenía a nadie que me pudiera ayudar.

No fue una sorpresa que me sintiera triste y creyera que me iba a morir en esa isla solitaria. Me arrepentí, entonces, por haberme lanzado por

segunda vez a los peligros de los viajes, siendo que vivía tan feliz en mi casa, gozando de la mejor vida, con los mejores trajes y la mejor comida, sin que nada me faltara. Y me arrepentí por haberme lanzado al mar y haber olvidado todos los sufrimientos que padecí en el primer viaje y le imploré a Alá, quien es el dueño de nuestras vidas.

Así, estaba como un loco o como alguien en poder de los genios, pero finalmente me levanté y empecé a recorrer la isla y me subí a un árbol y miré de un lado a otro sin ver a nadie, sólo cielo y árboles y pájaros, sólo agua, islas y arena. Pero, al mirar con mayor atención, descubrí a lo lejos una cosa blanca grande y decidí caminar hasta allá. Cuando llegué, pude ver que se trataba de una bóveda inmensa, cuya punta se perdía en el aire. Me acerqué más, le di la vuelta alrededor y comprobé que medía unos cincuenta pasos. Como ya se estaba terminando el día y el sol se ocultaba en el ocaso, decidí buscar una manera de entrar para protegerme.

Me puse a reflexionar en todo esto cuando divisé un pájaro inmenso y fuerte que se acercaba volando; tenía unas alas anchas y era tan grande que tapaba el sol. Me asombré mucho y entonces

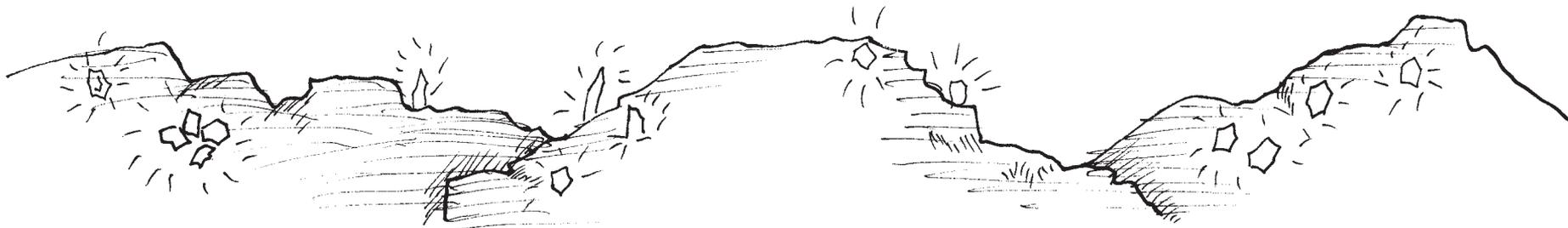


recordé una historia contada por unos viajeros sobre un pájaro llamado Roj que vivía en una isla, que alimentaba a sus polluelos con carne de elefante y ahí mismo me di cuenta de que la cúpula blanca no era otra cosa que uno de los huevos de ese pájaro. Estaba yo ahí

y de repente el pájaro bajó y se posó sobre la cúpula, la tapó con las alas y se echó a dormir. ¡Bendito sea Alá, que nunca duerme!

Me desaté el turbante de la frente, lo retorcí hasta quedar como una cuerda, me lo puse alrededor de la cintura con muchas vueltas y después lo até a la pata de aquel pájaro, con un nudo fuerte. Me dije que el pájaro podía cargar conmigo, sacarme de aquí y llevarme a una tierra donde hubiera gente, pues cualquier cosa era mejor que seguir en esa soledad. Pasé la noche sin dormir, esperando a que amaneciera.

Cuando llegó la aurora, el pájaro se retiró del huevo y, después de lanzar un grito muy fuerte, se



elevó por los aires conmigo, con tanto ímpetu que pensé que íbamos a llegar a los límites del cielo. Después de un rato, el pájaro descendió y se posó encima de un lugar muy elevado y solitario. Aproveché el momento para desatarme de su pata, con temor a que se diera cuenta. Por fortuna no me sintió y después de zafar el turbante, empecé a caminar por los alrededores.

Por su parte, el pájaro recogió algo de la tierra con sus garras y de nuevo se elevó alto en el firmamento. Alcancé a ver, maravillado, que lo que acababa de recoger era una serpiente, muy gorda y grande, y se la llevaba hacia el mar.

Seguí caminando por esos parajes. Descubrí que eran escarpados y altos y que abajo había un valle profundo a cuyo lado se elevaba un monte abrupto, tan elevado en los aires que no se le podía ver el pico y nadie podría escalarlo. Me arrepentí de lo que había hecho y dije:

“¡Mejor hubiera sido haberme quedado en aquella isla! Estaba mejor allá que en este desierto. Allá por lo menos había cosas de comer, frutas, y podía beber agua de los ríos, mientras que aquí no hay ningún árbol, ningún río ni fuente para apagar

la sed. ¡La verdad es que salgo de una desgracia para caer en una aún mayor!”

Me quedé entonces en ese valle desierto y, llenándome de valor, empecé a explorarlo. De pronto, me di cuenta con asombro de que el suelo era de diamantes, esa misma piedra que servía para tallar las joyas, tan dura que resistía los golpes del hierro y que no había nada que le hiciera mella. Descubrí, además, que ese valle estaba plagado de serpientes, tan grandes como palmeras y que podrían devorar un elefante, y que sólo salían de noche y se escondían de día, para que ni los pájaros Roj ni las águilas se las comieran.

Volví a sentirme triste por lo que había sucedido y me dije: “¡Por Alá, estoy perdido y ahora no voy a encontrar la manera de salvarme!” Empezó a oscurecer y decidí entonces bajar al valle y buscar un sitio donde pasar la noche, protegido del ataque de algún animal salvaje. Pude encontrar una cueva y descubrí que tenía una entrada muy estrecha y que al lado había una piedra grande. Entré, tapé la entrada con la piedra y pensé que ahí podría pasar la noche y que al día siguiente, cuando saliera el sol, ya vería qué me deparaba el destino.

Sin embargo, cuando pasé la mirada por la cueva, descubrí que adentro había una serpiente inmensa, durmiendo encima de sus huevos. Se me erizó la piel al verla y no pude dormir en toda la noche, sin saber qué iba a pasar conmigo. Cuando amaneció, moví la puerta a la entrada y empecé a caminar, tambaleándome por no haber dormido y por el miedo y el hambre.

De repente, mientras seguía caminando, vi que me caía a los pies un pedazo de carne, sin que hubiera nadie por ahí a la vista. Maravillado, recordé una historia que había escuchado tiempo sobre estos montes de diamantes. Contaban los viajeros que, como estos eran unos montes tan altos y escarpados, los traficantes habían inventado una manera de apoderarse de las gemas y consistía en que agarraban una oveja o un carnero, lo sacrificaban, cortaban la carne y arrojaban los pedazos al valle desde lo alto. Como la carne estaba fresca, las piedras se le pegaban a la sangre y todos esperaban a que las águilas y los pájaros Roj bajaran a medianoche y se llevaran otra vez los pedazos hasta lo alto del monte, cargados en sus garras.

Entonces, al ver aparecer a los pájaros, los espantaban a gritos, les quitaban la carne, desprendían

los diamantes y regresaban a sus países, cargados de piedras preciosas. Pues esta era la única manera de conseguirlas.

Así, cuando vi el pedazo de carne, me quité el turbante, me amarré el pedazo al cuerpo, me puse boca arriba y esperé. Al poco tiempo bajó una gran águila, se lanzó sobre la carne, la atrapó con las garras y se elevó de nuevo por los aires, llevándome a mí también con el bulto. El pájaro no dejó de volar hasta llegar a lo más alto del monte, donde dejó la carne en el suelo y se dispuso a empezar a comer.

Pero en ese mismo instante sonaron unos gritos muy fuertes, al tiempo que caía una cosa muy pesada a un lado. El águila se asustó y echó a volar de inmediato. Empecé a desatarme y me levanté con todo el cuerpo untado de sangre. Cuando el hombre que había armado la gritería se acercó a buscar el pedazo de carne y me vio ahí, se asustó y empezó a temblar. Miró la carne y al no encontrar nada, exclamó:

–¡Que Alá me proteja de Schaitán! ¡Por Alá, no entiendo lo que ha pasado!

Entonces me preguntó cuando me acerqué:
–¿Quién eres tú y por qué estas en este sitio?

–No te asustes –le dije–. Soy humano y son mercader. Mi historia es muy larga y la razón por la que me encuentro aquí es un cuento muy particular. Así que no tengas ningún temor, pues llevo encima muchos diamantes y te daré parte de los mismos para que estés contento de haberme encontrado.

Al oír mis palabras, el mercader me dio las gracias y pidió que Alá me llenara de bendiciones. Nos pusimos a conversar y aparecieron otros mercaderes con sus pedazos de carne, nos saludaron y me felicitaron por haber llegado allí sano y salvo. Les conté entonces toda mi historia, con todos los peligros y aventuras que había pasado, sin olvidar contarles la causa de mi llegada a ese valle. Enseguida, le di los diamantes al mercader, quien de nuevo invocó sobre mí las bendiciones de Alá y añadió:

–De verdad el destino te ha dado una vida nueva, pues nadie antes que tú logró salir vivo de este valle, víctima de una tragedia. ¡Bendito sea Alá!

Dormimos todos esa noche en un lugar seguro y cómodo, y, cuando salió el sol, regresamos al monte escarpado y encontramos allí muchas serpientes inmensas, entre las que pasamos sin problema. Llegamos a un huerto en la mitad de una hermosa

isla, plantado con árboles de alcanfor, con unas copas tan grandes que a su sombra podrían caber unos cien hombres. En esa isla también habitaba una fiera terrible, llamada *kaskadán*, que tiene un cuerno inmenso y duro en la frente, que si se parte en dos se ve la figura de un hombre.

Según contaban los caminantes y viajeros, esta fiera puede cargar en su cuerno a un elefante de los más grandes e ir así por toda la isla hasta que el elefante se muere; pero resulta que la grasa del elefante se derrite por el sol y se le mete al *kaskadán* en los ojos y lo deja ciego. Entonces, después aparece el pájaro Roj y se lleva los restos de los dos animales para alimentar a sus crías.

En aquella isla también vendí algunos de los diamantes que llevaba en la manga, guardé el dinero y seguí caminando con aquellos mercaderes y fui de un valle a otro y de una ciudad a otra, hasta que al cabo de varios días tomamos rumbo hacia la ciudad de Bazra, donde llegamos y nos detuvimos a descansar un tiempo. Después reanudamos la marcha y finalmente llegamos a las puertas de Bagdad.

Cuando entré a la ciudad de Bagdad, la Capi-lla de la Paz, me dirigí a mi barrio y entré a la casa,

cargado con muchos diamantes y toda clase de mercancías, y me reuní con mis amigos y parientes. Di limosnas y les ofrecí regalos a todos y de inmediato empecé a disfrutar de la buena vida, sin preocuparme por nada que me entristeciera el corazón, sin pensar en otra cosa que no fuera hacer fiestas y banquetes.

Cuando en la ciudad se difundió la noticia de mi regreso, todos acudieron a mi casa para darme sus felicidades y para preguntarme por mis viajes y por todos los países y ciudades que había conocido, contestándoles a todos con cortesía y sin ocultar ninguna de mis aventuras.

Y esta es, señores, la historia de mi segundo viaje. Si Alá lo permite, mañana les contaré la historia del tercero de los siete que les dije.

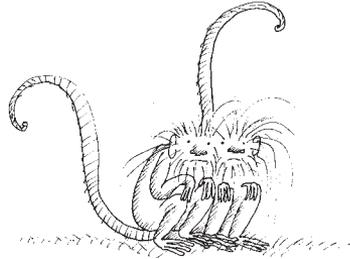
Entonces cuando Simbad, el del mar, terminó de contar su historia, Simbad, el de tierra, quedó maravillado, como todos los demás oyentes. Después Simbad el marino ordenó que le dieran cien monedas a Simbad el costalero. Este último las recibió, se despidió y se fue a su casa, donde durmió un sueño tranquilo. A la mañana siguiente el costalero regresó a la casa de Simbad el marino, quien de inmediato

le dio la bienvenida y lo invitó a sentarse mientras llegaban los otros amigos. Cuando estuvieron todos juntos, comieron y bebieron y todos sintieron el corazón lleno de alegría.

Entonces Simbad el marino tomó la palabra y empezó a relatar su tercer viaje.

Historia del tercer viaje

de Simbad el marino



–Pongan atención, queridos hermanos, y escuchen bien la historia que les voy a contar, pues esta es aún mucho más sorprendente que las anteriores, aunque sólo Alá conoce sus secretos.

Ya saben, entonces, que al regresar de mi segundo viaje, me encontraba rodeado de riqueza y tranquilidad, ya que llevaba conmigo mucho dinero, pues Alá me había recompensado por todos mis trabajos y sufrimientos. Permanecí en Bagdad por largo tiempo, dedicado al placer de vivir y a la alegría, hasta que un día volví a sentir la nostalgia de los viajes y las aventuras. Mi alma quiso que volviera a comprar muchas mercancías, suficientes para una nueva travesía.

Empaqué todo lo que había comprado y me dirigí al puerto de Bazra, donde fui hasta la orilla del mar y encontré un barco grande y bonito. A bordo

había muchos hombres y marineros buenos y, con la bendición de Alá, cargamos todo y zarpamos. Viajamos así, de mar en mar, de isla en isla, de ciudad en ciudad sin detenernos, hasta que un día nos encontramos en mitad de un mar tomentoso, que azotaba al barco con olas terribles.

Entonces el capitán del barco se asomó a la borda y se puso a mirar alrededor y, cuando estaba así, las olas inmensas le golpearon la cara y él enseguida mandó recoger las velas y soltar el ancla. Cuando vimos que hacía esto, le preguntamos qué era lo que pasaba y él nos contestó:

–Sepan, bondadosos pasajeros, que el viento ha sido más fuerte que nosotros y, para nuestra desgracia, nos arrastró hasta el Monte de los Zugb, que son unas criaturas peludas como simios. El que llega aquí no tiene salvación y creo que todos vamos a morir.

Apenas había dicho eso cuando vimos saltar al barco una inmensa cantidad de monos que nos rodearon enseguida. Todos creímos que los monos nos iban a matar y a robar lo que llevábamos, sin que pudiéramos hacer nada para defendernos, pues nos superaban en número.

Eran unas criaturas feísimas, con pelos como melenas de leones y unas caras que, de solo verlas, nos llenaban de miedo el corazón. Tenían los ojos amarillos y medían sólo unos centímetros de alto, pero como eran tantos sabíamos que si los atacábamos sin duda nos matarían a todos. Entonces dejamos que hicieran lo que quisieran, sin oponer resistencia, y rompieron los cables y las cuerdas del barco; después tomaron todas las pertenencias, nos dejaron a la orilla del mar y desaparecieron con el cargamento, con rumbo desconocido.

Quedamos, pues, abandonados en aquella isla, comiendo de las frutas de sus árboles y bebiendo el agua de sus manantiales. Seguimos así un tiempo, hasta cuando descubrimos en la distancia una casa muy bien construida. Nos acercamos y nos dimos cuenta de que se trataba de un edificio fuerte y sólido y con una gran puerta de ébano, abierta de par en par. Atravesamos la puerta y adentro encontramos un patio amplio, rodeado de muchas puertas grandes y abiertas. A la entrada había una mesa de piedra con utensilios de cocina y alrededor había muchos huesos esparcidos.

Miramos por todas partes, pero no encontramos ningún ser humano. Asombrados, nos sentamos un

rato en ese patio, sin saber qué pensar. Después, nos quedamos dormidos y dormimos todo el día, hasta que se ocultó el sol.

De repente, toda la tierra empezó a temblar bajo nuestros pies y sentimos al mismo tiempo un gran estruendo por los aires y enseguida vimos caer desde arriba a un personaje extraño, oscuro y de un tamaño gigantesco, como una palmera. Los ojos parecían dos fogones encendidos, tenía dientes de jabalí, unos labios que le colgaban sobre el pecho, las orejas como barcas y las uñas de las manos eran como las garras de un león.

Quedamos sin poder respirar, tan espantados del terror que quedamos medio muertos. El gigante se sentó encima del fogón y, después de descansar un rato, se nos acercó. Nos observó y entonces me agarró de la mano, me levantó en el aire y empezó a examinarme. Me daba vueltas y me palpaba, como lo haría un carnicero con una ternera antes de sacrificarla.

Con seguridad no le parecí apetitoso, pues me soltó y enseguida fue a buscar a otro de mis compañeros. Así como había hecho conmigo, lo levantó, lo examinó, lo palpó y lo dejó otra vez en el piso.



Continuó levantando, examinando y palpando a todos los demás, hasta que le llegó el turno al capitán del barco, un hombre gordo y corpulento, de hombros grandes y barriga ancha, y cuando el gigante lo observó pareció ponerse contento.

Entonces levantó el cuerpo en el aire, igual que un carnicero con una res, lo echó al piso, le puso un pie en el cuello, agarró un asador gigantesco y se lo enterró en el pecho. Después encendió el fuego en el fogón, puso el asador con el capitán ensartado y empezó a darle vueltas hasta que lo doró. Cuando estuvo listo, procedió a partirlo con sus garras y se lo engulló hasta no dejar nada de carne. Chupó los huesos y cuando ya estuvo satisfecho, tiró los restos al piso. Permaneció un rato sentado y después se echó y durmió de un solo tirón hasta que amaneció. Entonces se levantó y se fue.

Cuando estuvimos seguros de encontrarnos solos, nos pusimos a conversar entre nosotros y todos empezamos a llorar, al ver la situación en la que nos encontrábamos. Y entonces empezamos a decir:

–¡Mejor hubiera sido quedarnos en el mar y que nos mataran los monos! Nada puede ser peor que morir ensartados en un asador y dorados al

fuego, pues, ¡por Alá!, esa es la muerte más miserable que puede tener un hombre. Con seguridad moriremos aquí sin que nadie lo sepa. Pero que sea lo que Alá quiera, pues no hay poder ni fuerza sino en Alá.

Salimos de inmediato del lugar y empezamos a explorar la isla, para tratar de encontrar un sitio donde poder ocultarnos. Pero, por más que buscábamos, no encontramos ningún rincón donde escondernos y así nos sorprendió la noche. De puro temor, decidimos regresar a esa terrible guarida. Estábamos ahí cuando al rato tembló la tierra y apareció el gigante. Entonces empezó a levantarnos y a palparnos uno por uno, como la vez anterior, hasta que al fin encontró uno que le gustó.

Como había hecho con el capitán del barco, lo ensartó, lo asó en el fogón y lo devoró. Después se echó a dormir, resoplando con fuerza, como una bestia. Cuando amaneció, se levantó y se marchó, dejándonos solos. De nuevo, nos juntamos todos y empezamos a conversar entre nosotros y decíamos:

–¡Mejor hubiera sido arrojarnos al mar y morir ahogados; preferible eso que morir asados en el fogón, pues esta es la muerte más horrible de todas las

que le pueden suceder a un hombre!

Sin embargo, uno de los compañeros dijo:

–Escuchen mis palabras, hermanos míos. Lo que tenemos que hacer es encontrar la forma de librarnos de este monstruo, matarlo y salir sanos y salvos de este lugar y no ser víctimas de su crueldad.

–Tienes razón, hermano –le dije–. Lo único que podemos hacer es matar a ese monstruo. Les propongo el siguiente plan: con la madera de la puerta, construyamos algo parecido a un barco y pensemos en un truco para matar a la bestia, y, cuando lo hayamos conseguido, nos lanzamos al mar y que Alá nos lleve donde nos quiera llevar. O nos quedamos aquí hasta que aparezca un barco que nos rescate. Si no logramos matar al monstruo, nos lanzamos al mar y, si nos ahogamos, nos recordarán como mártires.

Todos estuvieron de acuerdo en que era un plan sensato y pusimos de inmediato manos a la obra. Sacamos la madera y fabricamos un barco; lo atamos a la orilla del mar, pusimos algunas provisiones adentro para la travesía y regresamos a la casa del gigante. Cuando oscureció, sentimos temblar la tierra y apareció el terrible gigante, feroz como un perro hambriento. Enseguida, empezó a examinarlos

y a palparnos como las otras veces, hasta que encontró a uno de su gusto.

Hizo con él lo mismo que había hecho con los otros dos y se lo comió. Después se echó a dormir sobre el fogón, lanzando unos ronquidos que parecían truenos. Cuando estuvo totalmente dormido, agarramos dos asadores de hierro y los pusimos al fuego hasta que estuvieron al rojo vivo. Entonces nos acercamos al gigante y se los enterramos en los ojos, con toda nuestra fuerza.

El gigante lanzó un aullido atroz al sentir el dolor, y fue un alarido tan fuerte que todos quedamos asustados. Saltó por encima del fogón y empezó a buscarnos a tientas y nosotros lo esquivábamos a un lado y otro, de tal forma que no podía agarrarnos, y no podía hacerlo porque había quedado ciego. Finalmente, se dirigió hasta la puerta dando tumbos y salió, sin dejar de lanzar esos gritos que nos producían pavor.

Lo seguimos y llegamos hasta la orilla del mar, donde habíamos dejado nuestro barco, y decíamos entre nosotros:

–Si ese monstruo no vuelve antes del atardecer, sabremos que habrá muerto. Pero si regresa, nos

embarcaremos a toda prisa y nos lanzaremos al mar y nos pondremos en las manos de Alá, el todopoderoso.

Pero mientras conversábamos así, vimos de repente que aparecía la bestia con otros dos vampiros como él, aunque con un aspecto aún más terrible y miedoso, con ojos rojos como brasas, y cuando los vimos nos metimos en el bote y empezamos a remar, adentrándonos en el mar. Sin embargo, los gigantes nos persiguieron y empezaron a lanzarnos enormes piedras, con tan buena puntería que mataron a casi todos los compañeros y sólo quedamos tres con vida.

Estábamos medio muertos por el hambre, pero sacamos fuerzas y entre todos nos dimos ánimos por amor a nuestra amada vida y, un rato después, impulsados por el viento, logramos llegar a una isla. Saltamos a tierra, empezamos a explorar alrededor y encontramos que la isla tenía muchos árboles y pájaros y manantiales. Comimos de las frutas de los árboles, descansamos y nos alegramos por haber escapado con vida de esos monstruos hasta que llegó la noche. Estábamos tan cansados que cerramos los ojos y nos dormimos de inmediato.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que nos

despertara un ruido, como cuando silba el viento, y, al abrir los ojos, vimos al frente de nosotros una serpiente inmensa, que parecía un dragón, que se nos lanzó encima y engulló ahí mismo a uno de los tres compañeros y se lo tragó en un santiamén. Pudimos oír cómo crujían las costillas del otro en la barriga de la serpiente, que, al terminar, se alejó y se fue por su camino.

Quedamos los otros dos maravillados y tristes por la suerte de nuestro compañero, y llenos de temor por nuestras vidas, decíamos:

—¡Por Alá que todo esto es un prodigio! Cada muerte que nos amenaza resulta más terrible que la anterior. Estábamos tan contentos de librarnos del vampiro gigante y de los ataques del mar y ahora nos encontramos con este monstruo viperino.

Nos pusimos de pie y volvimos a explorar la isla y comimos frutas y bebimos agua de sus manantiales. No dejamos de caminar hasta que empezó a oscurecer. Encontramos un árbol con una copa grande y decidimos pasar ahí la noche. Yo me acomodé en una rama y me dispuse a dormir. Pero, apenas se oscureció el horizonte, volvió a aparecer la serpiente y, moviendo los ojos de izquierda a

derecha, se lanzó hacia donde estábamos encaramados.

Se dirigió entonces donde estaba mi compañero, abrió las fauces y se lo tragó hasta medio cuerpo, después se puso a dar vueltas y yo pude oír cómo crujían los huesos del pobre desdichado. Por fin se lo tragó completo, sin que yo pudiera ayudarlo, y después se alejó como la noche anterior.

Yo permanecí en el árbol por el resto de la noche y cuando amaneció me bajé de ahí, lleno de temor, y estaba tan asustado que estuve a punto de lanzarme al mar y descansar por fin de todos los sufrimientos en este mundo. Pero mi alma no quiso que lo hiciera y entonces decidí atarme una tabla grande a los pies y también me até una tabla a cada costado del cuerpo y otra en el estómago y otra a la espalda, desde la cabeza hasta los pies, de tal forma que terminé cubierto de madera. Verifiqué que todos los nudos estuvieran fuertes y me eché a dormir, recubierto como si tuviera una armadura.

Pero apenas se hizo de noche, apareció otra vez la serpiente y empezó a buscar la manera de engullirme, como había hecho con los otros dos. Pero no encontró la forma de morderme ni tragarme,

gracias a la madera que me cubría. Yo veía todo con mis propios ojos y me encontraba muerto de miedo. Entonces la serpiente se alejó, pero después de un rato regresó y volvió a intentar engullirme, y volvió a alejarse y regresó otra vez, y estuvo así toda la noche, yendo y viniendo, hasta que amaneció y el sol iluminó la tierra.

Por fin, la serpiente se alejó bufando, pues se encontraba furiosa por no haber podido tragarme. Enseguida saqué las manos y me desaté, y estaba tan asustado con aquella serpiente que pensaba que iba a morir. Me levanté y empecé a recorrer la isla de un lado a otro sin parar, hasta que llegué a la orilla del mar.

Al llegar ahí, conseguí ver en la distancia un barco en alta mar. Entonces arranqué una gran rama de un árbol y empecé a agitarla y cuando el barco se acercó empecé a lanzar gritos para que me oyeran y me ayudaran. Afortunadamente, los tripulantes del barco lograron oírme y se acercaron a la orilla y me llevaron a bordo. Me preguntaron qué me había sucedido y cuando les conté mi historia se maravillaron y entristecieron con mis desventuras. Me ofrecieron ropa para cubrirme y me sirvieron comida.

Comí hasta quedar satisfecho y después bebí agua dulce y fresca que me revivió el corazón y mi alma respiró aliviada. Le di las gracias a Alá por haberme salvado, dándome una vida nueva, después de haber estado tan cerca de la muerte y todo me parecía un sueño. Seguimos con la travesía, impulsados por el viento, hasta que llegamos a una isla llamada Selahita.

El capitán dio la orden de detener el barco y, entonces, todos los mercaderes bajaron a tierra con sus mercancías, para venderlas y también para comprar otras. En esos momentos, el capitán se me acercó y me dijo:

–Escucha mis palabras, hermano. Eres extraño en estas tierras y también eres pobre, así que pienso darte algo para que puedas regresar a tu tierra. Sólo te pido que no me olvides en tus oraciones e invokes sobre mí tus bendiciones.

–Así lo haré, no te preocupes –le contesté.

–Pues has de saber –continuó el capitán–, que en este barco venía un pasajero que no hemos vuelto a ver más, y no sabemos si a esta hora estará aún con los vivos o con los muertos. Es mi deseo, entonces, cederte toda la mercancía que estaba a su nombre

para que la vendas en esta isla, guardes parte del dinero por tu trabajo y, cuando regreses a Bagdad, busques a la familia de este mercader y le entregues la otra parte.

–Te escucho y obedezco –le contesté al capitán–. ¡Es verdad que me haces un inmenso favor y también es verdad que invocaré para ti las bendiciones del cielo!

Agregué muchas más palabras de agradecimiento y entonces el capitán ordenó a los de la tripulación del barco que descargaran toda la mercancía y la llevaran hasta la isla. En ese momento el contra-maestre del barco le preguntó al capitán cuál era el nombre que debía escribir en esos bultos.

–Escribe –le contestó el capitán–, el nombre de Simbad el marino, aquel mercader que viajaba con nosotros y desapareció sin que volviéramos a saber de él, por lo que pensamos que habrá muerto en aquella isla donde nos detuvimos.

Al oír yo estas palabras, lancé un grito fuerte y dirigiéndome al capitán, exclamé:

–¡Oh, bondadoso capitán! Te digo que yo soy ese Simbad el marino, y no morí ahogado en esa isla, pues lo que sucedió fue que, después de que atracó

el barco, bajé a tierra con los otros pasajeros y me senté a la orilla del mar donde más me gustó, comí hasta quedar satisfecho, me quedé dormido y me dejé arrastrar por el sueño, sin saber nada más de mí. Entonces cuando me desperté y me levanté, vi que le barco había desaparecido y que no había nadie alrededor. Así que todas esas mercancías son de mi propiedad, y de esto pueden dar fe los mercaderes que me vieron en el monte de los diamantes y todos podrán asegurarte que yo soy Simbad el marino, como te lo he dicho al contarte mi historia.

Después de escuchar mis palabras, se acercaron los mercaderes y tripulantes y algunos afirmaban que todo era verdad y otros, por el contrario, decían que todo era mentira. Pero, entonces, uno de los mercaderes al oír que yo mencionaba el Valle de los Diamantes se puso de pie y, dirigiéndose a todos, dijo:

–¡Escuchen mis palabras, hombres de bien!

Cuando les relataba las cosas más maravillosas de mis viajes, ¿no recuerdan que les hablé del Valle de los Diamantes y de los pedazos de carne que lanzábamos abajo para que los pájaros nos llevaran arriba las gemas? Les conté, además, de aquella vez que

arrojé mi trozo de carne y que, después de que el pájaro dejara el pedazo en el suelo, quedé espantado al ver que venía un hombre atado y lleno de sangre. ¿Lo recuerdan? ¿Y recuerdan que me llamaron mentiroso?

–Sí, es verdad –contestaron todos–. Recordamos que nos contaste esa historia y que no quisimos creerte, porque nos parecía fabulosa.

–Pues, bien –añadió el mercader–, este hombre que ven aquí era el mismo que me encontré atado al pedazo de carne, quien, por otra parte, me dio varias de las piedras preciosas del valle; tan valiosas que no tenían igual en ninguna parte, de modo que nos hicimos amigos y viajamos juntos en amorosa compañía. Cuando arribamos a Bazra nos despedimos, él siguió hacia su tierra natal y yo seguí mi camino. Este es el mismo hombre y supimos que se llamaba Simbad el marino, así que no hay duda de que estas mercancías son de su propiedad.

El capitán, al oír las palabras del mercader, quiso hacer un truco y me miró fijamente durante una hora. Después me preguntó:

–Dime, ¿cómo eran tus mercancías?

Se las describí y le recordé también lo que él

había hablado conmigo cuando me subí al barco en Bazra y, así, después de oír mis palabras, no dudó más, reconoció que yo era el verdadero Simbad el marino, se abrazó a mi cuello y me felicitó por haber logrado salvarme de tantos peligros y sufrimientos.

—¡Oh, mi señor Simbad! —exclamó—. De verdad tu historia es inigualable. ¡Alabado sea Alá que te salvó y permitió que yo devolviera tus mercancías, cosa que haré ahora con la mayor felicidad!

De inmediato, me hice cargo de todas mis cosas, las negocié muy bien en esa isla y conseguí muy buena ganancia. Después continuamos en el barco, comprando y vendiendo mercancías en todas las islas que encontrábamos a nuestro paso, hasta llegar a las tierras de Al-Hind, y allí vendimos y compramos especias, y después llegamos hasta las tierras de As-Sind, donde también negociamos con sus habitantes.

Y fue en estos mares índicos donde encontré animales fabulosos, con prodigios raros como un pez parecido a una vaca, que amamanta a sus crías y de cuya piel se puede fabricar escudos. Y también vi otros peces semejantes a burros y camellos, y tortugas que miden varios metros de ancho. También pude ver un pájaro que nace de una concha y pone

huevos y cría a sus hijos en el agua, sin acercarse nunca a la playa.

Después de todo esto, regresamos al mar y un viento favorable hinchó las velas de nuestro barco y, gracias a los deseos de Alá, que todo lo puede, arribamos felizmente a Bazra sanos y salvos. Permanecí en este puerto algunos días y después seguí mi camino hasta llegar a Bagdad, la Capilla de la Paz, y una vez allí nos dirigimos a nuestro barrio y a nuestra casa, donde saludé a mis familiares y amigos.

Como regresaba de mi viaje con tantas riquezas, que no se podrían contar ni calcular, repartí limosnas y regalos como acción de gracias a Alá, y les di vestidos a las viudas y a los huérfanos, y después me entregué a las fiestas con mis amigos, sin pensar en todas las desventuras y en todos los contratiempos y pensando sólo en la riqueza que había traído de mis recorridos.

Y eso fue todo lo extraordinario y más importante que sucedió en mi tercer viaje. Pero mañana, si Alá lo permite, vendrán todos de nuevo y les contaré la historia de mi cuarto viaje, que es una historia aún más extraordinaria y rara que la historia de los otros tres viajes, como todos podrán darse cuenta.

Después Simbad el marino ordenó que le dieran a Simbad el costalero cien monedas de oro, como las veces anteriores, y el cargador las recibió, se despidió y regresó a su casa, profundamente maravillado con todo lo que había escuchado de los labios de Simbad el marino. Durmió en su casa y, tan pronto como amaneció, Simbad el costalero se dirigió a la casa de Simbad el marino, donde encontró que había fiestas y diversión.

Simbad el marino lo invitó a que se sentara a su lado, mientras llegaban los otros invitados, y cuando llegaron todos, ordenó que les sirvieran bebidas y comidas y todos comieron y bebieron hasta olvidar todo problema.

Entonces Simbad el marino tomó la palabra y empezó a relatar la historia de su cuarto viaje.

Historia del cuarto viaje de Simbad el marino



—Han de saber, hermanos míos, que a mi regreso a la ciudad de Bagdad me reuní de nuevo con mis amigos y familiares y disfruté de la mayor alegría y de la tranquilidad más grande, olvidándome de todos los sufrimientos y calamidades que había padecido en mis viajes, y me dediqué a las fiestas y a los banquetes con mis amigos, de tal forma que tenía la vida más placentera que uno pudiera imaginar.

Pero en medio de todo esto, mi alma quiso que me de lanzara a recorrer otra vez todos los países y volví a sentir la nostalgia de conocer hombres de otros pueblos y comerciar con ellos. Así, me decidí y compré mercancías de mucho valor, excelentes para salir a comerciar y en mayor cantidad que las veces anteriores, y me abandoné la ciudad de Bagdad en dirección a la ciudad de Bazra. Allí, encontré un

barco listo a zarpar y ordené que cargaran todas mis mercancías y subí a bordo yo también.

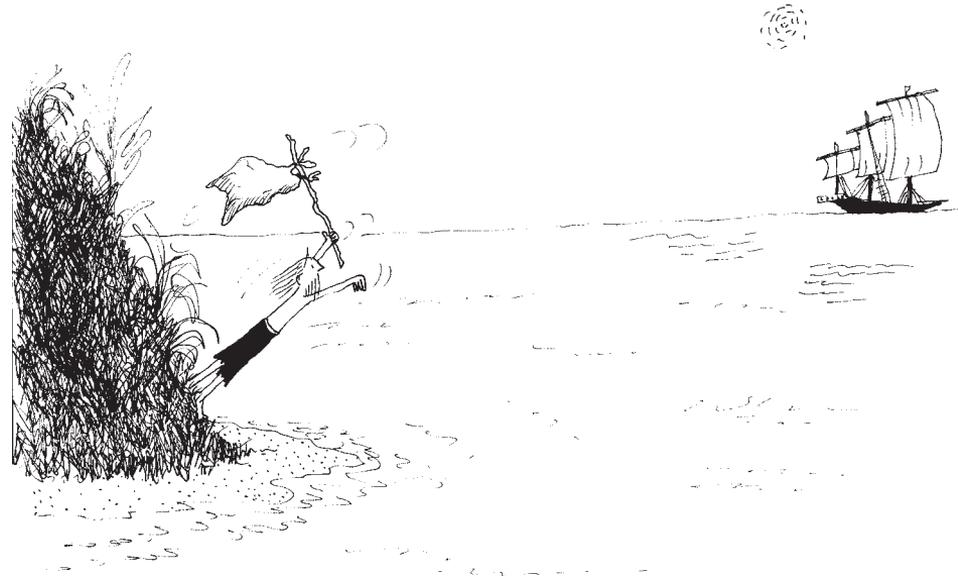
Nos hicimos a la mar con la bendición de Alá, el más poderoso, y cruzamos el océano, entre grandes olas, y durante días pasamos de una isla a otra y de un mar a otro, sin grandes contratiempos. Entonces, empezó a soplar un viento furioso que destrozó el barco y todos naufragamos.

Nos subimos todos sobre una tabla, con los pies hundidos en el agua, y de esta forma, con un viento favorable, avanzamos sin rumbo entre las olas, hasta que, al segundo día, llegamos a una isla y pisamos tierra, medio muertos del hambre, el cansancio, el sueño, el frío y el miedo.

Pasamos la noche en aquella isla, a la orilla del mar, y cuando amaneció y brilló el sol, nos levantamos y empezamos a explorar la isla de lado a lado y de arriba abajo, y encontramos hierbas por todas partes, de las que comimos para no morirnos de hambre. Después nos acostamos y dormimos hasta la mañana siguiente. Cuando nos levantamos y volvimos a explorar la isla divisamos en la distancia una choza. Caminamos hasta allá y, al acercarnos, de repente salió de la choza una tropa de hombres

desnudos, que, sin decir palabra, nos tomaron presos.

Nos llevaron enseguida hasta donde su monarca, quien nos hizo sentar y ordenó que nos trajeran algo de comer. Se trataba de unos alimentos extraños que nunca habíamos visto en la vida y de los que tampoco habíamos oído hablar. Me parecieron repugnantes y, a diferencia de mis compañeros, no quise probarlas. Y Alá me protegió, pues, inmediatamente después de probarlas, mis compañeros perdieron el juicio y no paraban de comer esos alimentos. Yo sentí mucho pesar por ellos, al que se unía el miedo que me provocaban estas criaturas desnudas.



También les dieron de beber aceite de coco a mis pobres compañeros y después les frotaron el cuerpo con ese aceite y ahí mismo se les hundieron los ojos y empezaron a comer con un apetito aún mayor. Observé fijamente a estos hombres y descubrí que se trataba de una tribu de magos antropófagos, adoradores del fuego, con un rey que era un vampiro aún más perverso. En cuanto veían algún caminante, le salían al encuentro, lo llevaban ante su rey, le ofrecían de comer esos extraños manjares, y lo untaban de aceite hasta engordarlo y entonces lo sacrificaban y lo asaban, para después servirlo a la mesa del rey, quien disfrutaba del festín.

Cuando entendí lo que sucedía, me entró mucho miedo por lo que iba a pasar conmigo y con mis compañeros, quienes, al perder el juicio por probar aquellos alimentos, no se daban cuenta de nada ni sospechaban el destino que les aguardaba. Entonces, le ordenaron a uno de los hombres que se encargara de mis compañeros y, desde ese día en adelante, los llevaba a pastar al campo, como si fueran cabezas de ganado.

A mí, por el contrario, me dejaron a un lado, pues como no comía y estaba medio muerto de

hambre y en los puros huesos, no volvieron a acordarse de mí. Entonces, un día, encontrándome solo, me escapé de aquel lugar y empecé a recorrer la isla en dirección a la playa. Cuando llegué a la orilla del mar, encontré a un hombre viejo, sentado sobre una piedra que azotaban las olas. Descubrí, al mirarlo con mayo atención, que se trataba del encargado de llevar a pastar a mis compañeros.

El hombre, cuando me vio, se dio cuenta de que yo no estaba loco como los otros naufragos y haciéndome señas desde lejos me dio a entender que me alejara de allí y tomara hacia la derecha, por el camino principal. Hice lo que me mandaba y avancé por el camino, unas veces corriendo y otras caminando, para recuperar el aliento, hasta cuando dejé de ver al viejo. Cuando oscureció, me tendí en el piso para dormir, pero el cansancio y el hambre y el miedo no me dejaron conciliar el sueño.

Me levanté a medianoche y avancé por esos campos hasta que amaneció y el sol brilló esplendoroso sobre la tierra. Estaba rendido y hambriento, así que llené el estómago con las hierbas que encontraba en el camino y seguí haciéndolo por siete días y siete noches más, hasta que a la mañana del octavo día vi

en la distancia un bulto extraño. Caminé hacia allá para acercarme, aunque mi corazón estaba a punto de desfallecer, por todas las penalidades que había padecido.

Cuando estuve a unos pasos, descubrí que se trataba de un grupo de hombres, en la tarea de recolectar granos de pimienta. Al verme, se acercaron y me rodearon por todas partes y quisieron saber quién era yo y de dónde venía.

–Sepan, ¡oh, querido pueblo! –contesté–, que soy un pobre extranjero.

De inmediato, les relaté todas las aventuras y todos los percances que había sufrido.

–Por Alá, el más poderoso, que tu historia es la más extraña. Pero cuéntanos cómo te pudiste librar de aquellos hombres y cómo lograste llegar hasta esta isla. Acaso ¿no sabes que son muchos los antropófagos que se alimentan de carne humana, sin que ninguno se salve de sus garras?

Les conté entonces lo que les había sucedido a mis compañeros y, después de escuchar mis palabras, me hicieron sentar y, mientras terminaban con su jornada de trabajo, me llevaron algo de comer, porque estaba casi desmayado. Descansé hasta

cuando terminaron y después me llevaron hasta sus casas y me llevaron en presencia de su soberano. El rey me recibió y contestó a mi saludo con mucha amabilidad y preguntó por mis aventuras y fatigas.

Le relaté todo lo que me había sucedido desde mi salida de Bagdad y el rey se maravilló mucho, así como se maravillaron también sus cortesanos. En ese momento, el rey quiso que me sentara a su lado, ordenó enseguida que nos trajeran de comer y comí en su compañía. Después me lavé las manos, di gracias a Alá por su bondad y lo glorifiqué. Entonces, el rey me invitó a dar un paseo por su tierra, que estaba muy poblada y era muy rica, con muchos mercados y muchas cosas para vender y comerciar.

Me sentí contento de haber llegado a este lugar tan agradable, de tener paz y tranquilidad después de haber soportado tanta pobreza. Hice muchos amigos entre los pobladores de la ciudad y tuve la suerte de caerle simpático al rey, hasta el punto de convertirme, en poco tiempo, en uno de los principales colaboradores de su reino.

Con el tiempo, descubrí que todos aquellos habitantes de la isla, tanto grandes como chicos,

montaban en unos hermosos caballos, de mucho valor y muy buena casta, pero los montaban a pelo, sin usar sillas ni riendas ni nada por el estilo. Maravillado, le pregunté un día al rey:

—¡Oh, mi señor! ¿Por qué razón montas el caballo a pelo, sin usar silla, que le da más comodidad y seguridad al jinete?

Entonces el rey dijo:

—¿Qué es una silla de montar? Nunca la hemos visto, ni la hemos oído mencionar.

—¿Quieres, mi señor, que yo te labre una con tu permiso para que la pruebes y veas las ventajas que ofrece? —le pregunté.

—Claro que sí —contestó el rey.

—Muy bien —dije—. Ordena que me traigan un trozo de madera.

Mandó el rey que trajeran la madera y otras cosas que le pedí. Le rogué que me llevara donde un carpintero hábil y experto y le indiqué el modo de fabricar una silla de montar, asunto que él comprendió sin dificultad. Tomé un trozo de paño y elaboré un forro y después tomé un pedazo de piel y recubrí la silla. Enseguida busqué uno de los caballos más briosos de la cuadra, le puse la silla, las riendas, la

cincha y todo lo necesario y se lo llevé al rey. El monarca se maravilló al verlo y, dándome las gracias, se montó de inmediato, y yo me sentí satisfecho al ver la comodidad y la seguridad que le daba la silla de montar.

Entonces el rey ordenó que me dieran un dinero por el trabajo que había realizado y que resultó muy bien pagado. Cuando el visir del rey vio la silla de su señor quiso que yo le elaborara una igual. Lo hice sin ninguna dificultad y después vinieron todos los emires del reino y todos los nobles y los más altos personajes para pedir el mismo favor. Los complacé a todos por igual, sirviéndome del carpintero para trabajar la madera y del herrero para hacer y labrar los estribos. Empecé a fabricar sillas de montar para vendérselas a los grandes personajes de la corte y, con el tiempo, logré reunir una gran cantidad de dinero.

Así, me hice propietario de una gran casa, cerca al palacio del rey y su corte, lleno el corazón de alegría y con muchos lujos y tranquilidad. Entonces un día, cuando me encontraba sentado a un lado del soberano, disfrutando de comidas y bebidas deliciosas, el monarca me dijo con mucha simpatía:

–Ya te has dado cuenta cómo te he colmado de honores y distinciones, y sabes que todo eso se debe al gran afecto que te he tomado, y es tanto mi cariño por ti que no soporto la idea de que algún día te vayas o abandones la corte. Así que voy a decirte una cosa, a la que debes obedecer sin replicar.

–¿De qué cosa se trata, oh monarca del tiempo?
–pregunté y añadí: Puedes estar seguro de que sea lo que sea que me vas a decir, obedeceré sin replicar, pues gracias a ti he recibido muchos favores, y he gozado de muchos beneficios desde el día que tuve la suerte de llegar a tu corte y, alabado sea Alá, que me trajo para servirte.

–Pues verás –contestó el monarca–, el asunto es que deseo casarte con una mujer hermosa, agraciada y con mucha riqueza.

Al escuchar sus palabras, me enrojecí y guardé silencio. Estaba tan avergonzado que no podía decir nada.

–¿Por qué no contestas, hijo mío? –preguntó el rey.

–¡Oh, mi señor! –contesté–. Todo lo que autorizas está en tu poder. Yo sólo obedezco, ¡oh, monarca del tiempo!

El rey se alegró mucho a oír mis palabras y de

inmediato mandó llamar al juez y a los testigos y me casó con aquella mujer que había mencionado. Era una mujer rica y hermosa, y el rey me asignó una casa amplia, con criados y esclavos para mi servicio, y estableció para mí rentas y grandes retribuciones.

De tal forma, me encontré en una situación muy cómoda y confortable, y amaba a mi esposa y ella también me amaba y nos llevábamos tan bien que no existía ningún conflicto entre los dos, no discutíamos por la menor cosa y vivíamos en completa armonía. Pasamos así un tiempo, hasta cuando a la mujer de mi vecino Alá se la llevó y, como era amigo mío pasé a visitarlo y darle el pésame.

Encontré a mi vecino muy triste, postrado en la cama y afligido. Intenté animarlo y consolarlo y, entre otras cosas, le dije:

–No te entristezcas tanto por tu mujer, que con seguridad Alá, alabado sea, te dará algo mejor de lo que has perdido y gozarás después de una existencia larga y feliz.

Al oír mis palabras, el viudo empezó a llorar con mucho dolor y exclamó:

–¡Oh, amigo mío! ¿Cómo va a ser posible que me vuelva a casar con ninguna mujer, ni cómo

podrá Alá darme una mejor de la que perdí, si, a lo máximo, me queda un día de vida?

–¡Oh, amigo! –le contesté–. Recupera el juicio y no digas tales cosas, ni pienses que te vas a morir pronto, con ese aspecto sano que tienes.

–¡Por tu vida, querido amigo –respondió–, ten la seguridad de que mañana me echarás de menos y no volverás a verme en toda tu vida, hasta cuando resucitemos!

–¿Cómo así? –pregunté.

–Hoy mismo –respondió mi amigo–, cuando entierren a mi mujer, me enterrarán con ella. Pues has de saber que esta es la costumbre y es una ley que nadie desobedece.

–¡Por Alá!–exclamé–. No hay una peor costumbre que esa.

Mientras estábamos conversando, aparecieron de repente en la casa casi todos los habitantes de la ciudad y empezaron a desfilar delante de mi amigo, dándole el pésame por su mujer y por él, y procedieron a ser los preparativos del entierro de la muerta. Trajeron un ataúd, acomodaron el cuerpo de la mujer y se los llevaron a los dos hasta una montaña, a una especie de pozo cubierto por una

gran piedra. Allí arrojaron el cajón y despuésataron con una cuerda al viudo y lo bajaron al pozo, con una jarra de agua y algunos panes para que se alimentara.

Cuando el hombre estuvo abajo, se desató la cuerda y los otros la recogieron y enseguida taparon el pozo con la piedra. Después, se fueron a sus casas y, al ver aquello, me dije que esa muerte era peor que la de la mujer. Entonces, me dirigí donde el rey y le dije:

–¡Oh, mi señor! ¿Cómo es posible que en tu país entierren a los vivos con los muertos?

–Has de saber –contestó el rey–, que esta es la costumbre en nuestro país y tiene su origen en nuestros ancestros y nadie puede abolirla.

–¡Oh, monarca del tiempo! –exclamé–. ¿Y también un extranjero como yo correrá la misma suerte si se le muere la esposa?

–Claro que sí –contestó el rey–. Lo enterramos con ella, así como lo viste hacer con tu vecino.

Al oír estas palabras, casi me desmayé del susto y la inquietud, y por poco pierdo la razón y quedé muy triste al pensar que a mi mujer se le ocurriría morir antes que yo y tuvieran, entonces, que

enterrarme con ella, como lo hicieron con mi vecino. Traté de consolarme y pensé que era posible que yo muriera antes que mi esposa, pues nadie conoce la hora de su muerte. Hice todo lo posible por distraerme, dedicándome a mi trabajo y a resolver distintos asuntos, hasta que pasó el tiempo y olvidé el susto que tenía.

Sin embargo, un día mi mujer se enfermó de repente y, pasados algunos días, falleció. Enseguida, vinieron todos los vecinos de la ciudad a darme el pésame, así como también vino el rey. Después arreglaron el cuerpo de mi esposa, la vistieron con el traje más lujoso, le pusieron sus mejores joyas y la acomodaron en el cajón. Finalmente lo cargaron y lo llevaron hasta la montaña aquella, descorrieron la piedra que tapaba el pozo y lo arrojaron dentro.

Acto seguido, todos mis amigos y los parientes de mi esposa empezaron a despedirse de mí, llenos de tristeza. Pero yo levanté la voz y exclamé:

—¡Soy extranjero y no puedo cumplir esta costumbre, pues no va conmigo!

Pero ninguno me hizo caso y ni siquiera escucharon mis gritos. Por el contrario, me agarraron y me ataron y me bajaron al pozo, también con una

jarra y unos panes. Cuando me encontré en esa caverna, excavada en el corazón de la montaña, me dijeron:

—Ahora suéltate.

No lo hice y ellos decidieron soltar la cuerda, que cayó a mis pies. Corrieron de nuevo la piedra, taparon el pozo y se alejaron, dando por terminada su tarea. Giré la vista alrededor y encontré una gran cantidad de huesos, que soltaban un olor terrible. Entonces alcé la voz y exclamé:

¡Por Alá que merezco todo lo que me pasa y lo que me va a pasar! Pues, ¿por qué razón tuve que casarme en esta ciudad? ¡Pero no hay gloria ni poder sino en Alá! ¡Cada vez que salgo de una desventura enseguida entro en una peor! ¡No puede haber una muerte más miserable que la que voy a tener aquí en este pozo! ¿Por qué el destino no quiso que muriera en Bagdad, donde me hubieran enterrado como a un buen musulmán? ¡Hasta morir ahogado en el mar o de cansancio en las montañas, sería preferible a esta terrible muerte!

Me reproché la falta de juicio y estuve así un rato largo acusándome hasta que me tendí sobre un montón de huesos, deseando que me llegara pronto la muerte, pero el hambre y la sed me hicieron

levantar y decidí darle un mordisco al pan y echarle un sorbo a la jarra de agua y me volví a tumbar.

Cuando terminó esa noche, la peor que he pasado en mi vida, me levanté y exploré el sitio. Comprobé que abarcaba una gran extensión y que había muchos huecos por todas partes, con restos y despojos. Busqué un lugar donde echarme a dormir y así pasé varios días, hasta que empezó a reducirse mi provisión de agua y pan, a pesar de que cada vez comía menos y bebía sólo de cuando en cuando, por temor a que me acabaran. Me dije que debía comer y beber poco para guardar por más tiempo las provisiones, pues era posible que Alá ya hubiera decidido liberarme de esa agonía.

Estando en esta situación, resultó que un día vi que empezaban a mover la piedra y que me llegaba un hilo de luz desde arriba. Asombrado me pregunté si sería que iban a lanzar otro cuerpo. Alcé los ojos y pude ver que bajaban un muerto y también una mujer viva, que lloraba y pedía misericordia con tristeza y desesperación. Ninguno le hizo caso y la bajaron al pozo, con las mismas provisiones de agua y pan. Después volvieron a tapar el pozo y todos se alejaron.

Entonces, agarré un hueso grande y le di un

golpe en la cabeza. La mujer cayó al piso sin sentido y me apoderé de sus provisiones y la despojé de todas las joyas y collares de perlas y brillantes que llevaba encima. De ahí en adelante, cada vez que bajaban un cuerpo con su acompañante, golpeaba al vivo con un hueso hasta dejarlo sin sentido y me apoderaba de sus provisiones, de las que me alimentaba.

Un día, al despertarme del sueño, sentí como si alguien estuviera cerca dando vueltas por la caverna y me pregunté qué sería lo que sonaba por ahí. Me asusté pensando que se trataba de una hiena o un zorro atraídos por la carne y agarré un hueso grande y me dirigí hacia donde venía el ruido, pero la cosa se asustó y echó a correr. Resultó ser un animal montés y decidí seguir su rastro hasta el fondo del pozo y entonces pude ver como un destello de luz, que aumentaba y disminuía.

Al ver la luz, me dije que debía ser la tapa del pozo, bien porque la estaban moviendo para echar otro cuerpo o porque un movimiento inesperado la había corrido. Estuve como una hora reflexionando en el asunto, hasta que decidí acercarme a la luz y descubrí que se trata de una abertura, excavada por los animales de la montaña.

Mi alma se tranquilizó y mi corazón retomó ánimos y, de inmediato, me escurrí por el agujero y afuera descubrí que me encontraba en la cima de un monte elevado, frente a la orilla del mar, entre la ciudad y la isla. Le di las gracias a Alá y me embargó una gran alegría. Resolví bajar todos los días al pozo para apoderarme de las provisiones que bajaban con los vivos, después regresaba a la orilla del mar y me sentaba a esperar que Alá, el más grande, decidiera enviarme un barco para retornar a Bagdad. Debo contarles que también tuve la precaución de sacar todas las joyas y las alhajas, para trasladarlas a la montaña, envueltas en los trajes de todos los que bajaban al pozo.

Seguí haciéndolo así durante muchos días, sentado a la orilla del mar, atento por si veía un barco en la distancia. Entonces en uno de esos días, mientras reflexionaba en todas las aventuras y percances que me habían ocurrido, pude ver a lo lejos un barco que luchaba contra las olas del mar. Me puse de pie enseguida y agarrando un trapo blanco lo amarré a un palo y empecé a sacudirlo, haciéndoles señas a los del barco para que me vieran, como efectivamente sucedió después de un rato.

Cuando me vieron en lo alto de la montaña y percibieron mis gritos, giraron el barco hacia la orilla y después lanzaron una lancha al agua con varios marineros. Llegaron a la playa, me recogieron y me llevaron a bordo del barco, donde fui muy bien acogido y atendido. Conmigo, llevaba todas las alhajas y las joyas envueltas en los trajes. Entonces el capitán del barco me preguntó:

—¿Cómo llegaste hasta ese sitio, hasta esa montaña, de la que más allá hay una gran ciudad? De verdad que nunca había visto allí otros seres distintos a pájaros y bestias.

Le relaté al capitán la misma historia que les conté a los marineros que me recogieron, pero no quise contarle sobre mi aventura en la ciudad y en el pozo, no fuera que hubiera entre ellos un habitante de la isla y me oyera. Escogí unas de las perlas más grandes que traía conmigo y se las ofrecí al capitán con estas palabras:

—Te ruego, señor, que aceptes esto como prueba de mi gratitud, ya que gracias a ti pude salir de esas montañas. No tengo dinero, pero te ofrezco estas perlas como pago.

El capitán no las quiso aceptar y replicó:

–Cuando encontramos un naufrago a la orilla del mar o en una isla lo llevamos a bordo y le damos de comer y beber y, si lo necesita, le damos vestido. No aceptamos nada a cambio y, cuando llegamos a puerto seguro, lo desembarcamos y le damos algo de dinero para que pueda arreglárselas. Y todo esto lo hacemos por amor a Alá. Le deseé entonces larga vida y lo colmé de bendiciones.

Entonces sentí mucha alegría por haber salido con vida de todos mis peligros pasados, pues cada vez que recordaba que me habían echado a ese pozo con mi esposa la piel se me erizaba de terror.

Continuamos la travesía en nuestro barco, de isla en isla y de un mar a otro, hasta que llegamos a la Isla de las Campanas, donde hay una ciudad que tarda uno dos días en recorrer y de allí arribamos a la Isla de Kala, donde habita un rey muy poderoso y donde también cosechan el mejor alcanfor del mundo. Así, al cabo de un tiempo y con las bendiciones de Alá, arribamos finalmente al puerto de Bazra. Estuve allí unos cuantos días y después continué mi viaje hasta Bagdad.

Al llegar a la ciudad, me dirigí directamente a mi barrio y a mi casa, donde, lleno de júbilo, me encontré

con mis parientes y amigos. Llevé todas las mercancías que traía de mis viajes y repartí limosnas entre los mendigos y les ofrecí vestidos a las viudas y los huérfanos. Enseguida me entregué a la paz, al placer y la alegría, con la dicha de haber retornado a mi antigua vida.

Y estas han sido, amigos míos, las maravillosas aventuras que me acaecieron en mi cuarto viaje. Mañana, si tienen la bondad de venir a visitarme de nuevo, les relataré las aventuras de mi quinto viaje, que son aún más prodigiosas y extrañas que todas las anteriores.

Después, dirigiéndose a Simbad el costalero, Simbad el marino dijo:

–Y tú, hermano mío, acompáñame a comer. Recibe las monedas de costumbre y vuelve a tu casa. Pero no dejes de venir mañana si quieres escuchar el relato de mi quinto viaje, el más maravilloso de todos los que me has escuchado relatar.

Ordenó entonces que le dieran las cien monedas de oro al costalero y que sirvieran la comida. Todos comieron y bebieron hasta quedar satisfechos y después cada uno regresó a su propia casa. Simbad el costalero durmió en su casa y a la mañana siguiente se levantó, rezó sus oraciones, y se dirigió a la casa

de Simbad el marino, quien lo saludó y recibió con toda cordialidad.

Enseguida, Simbad el del mar hizo sentar a su lado a Simbad el de tierra, mientras llegaban los otros invitados, y ordenó a sus criados que les sirvieran de comer y de beber. Conversaron de muchos temas y se divertieron y cuando ya no faltaba ninguno, Simbad el marino tomó la palabra y empezó a relatar su quinto viaje.

Historia del quinto viaje

de Simbad el marino



—Han de saber, hermanos míos, que después de regresar de mi cuarto viaje disfrutaba yo de los más deliciosos placeres, entregado a las mayores delicias y a la diversión con mis amigos, hasta que olvidé todos los sufrimientos, angustias y percances que había padecido en mis anteriores viajes. Sin embargo, después de un tiempo, mi alma volvió a sentir la tentación de emprender nuevos viajes y recorrer las islas y los países habitados por los hombres.

Entonces, salí y compré mercancías de gran valor, propias para un viaje por el mar, las empaqué, las cargué y salí de Bagdad. Llegué, como las veces anteriores, al puerto de Bazra y me dirigí a la orilla del mar, donde encontré un navío grande y hermoso, que me gustó mucho, pues estaba recién construido. Lo compré, contraté un capitán y varios marineros y

mandé llevar a bordo todas las mercancías. Después vinieron otros mercaderes con sus propias mercancías y se embarcaron como pasajeros.

Zarpamos en poco tiempo, llenos de gozo y alegría, con la promesa de encontrar riquezas en esta nueva travesía. Navegamos sin contratiempos de isla en isla, de mar en mar, hasta que un día arribamos a una isla desierta, donde no había nadie y en la cual se alzaba una cúpula blanca y grande, medio enterrada en la arena de la playa.

Los tripulantes y pasajeros saltaron a tierra para ver más de cerca la cúpula y saber de qué era aquello y pudieron concluir que se trataba del huevo de un pájaro Roj. Yo me había quedado a bordo, pero uno de los pasajeros vino y dijo:

–Anda, mi señor, y acércate a contemplar ese huevo, que pensaste que era una bóveda.

Bajé entonces a tierra, me dirigí hacia donde se encontraban los otros mercaderes y los sorprendí apedreando el huevo.

–¡No hagan eso! –les grité–. Pues si rompen el huevo, vendrá después un pájaro Roj y hará pedazos nuestro barco.

Pero ninguno de ellos me hizo caso y siguieron

lanzándole piedras al huevo hasta romperlo. Sacaron el pollito que había dentro y se lo comieron. En ese mismo instante, se oscureció el cielo, el sol se ocultó y el día quedó en tinieblas. Vimos entonces que un gran nubarrón se cernía sobre nuestras cabezas y que eclipsaba toda la luz, y cuando levantamos los ojos descubrimos las alas de un pájaro Roj.

Empezamos todos a correr hacia el barco, pero el pájaro Roj, al ver que los marineros habían roto el huevo, se abalanzó sobre nosotros, lanzando unos aullidos terribles, que parecían truenos. Entonces, les grité al capitán y a la tripulación:

–¡Muevan el barco y traten de salvarse!

Cuando el pájaro Roj vio que íbamos hacia el barco desapareció y estuvimos una hora sin verlo. Aprovechamos el momento para saltar a bordo y tratar de alejarnos de sus garras y de esa isla nefasta. Pero, al rato, lo vimos aparecer de nuevo, acompañado de otro pájaro, y cada uno cargaba en sus garras una piedra inmensa, traída desde la montaña. Uno de los pájaros se nos acercó y soltó la piedra sobre nosotros, pero, por fortuna, el capitán logró mover el barco y esquivar el golpe.

Sin embargo, cuando la piedra cayó en el mar,

debajo del barco, se armó tal sacudida que las olas se abrieron mostrando la profundidad del mar y dimos un vuelco. Enseguida, el otro pájaro Roj soltó a su vez la roca que traía y, a pesar de ser más pequeña, nos causó más daño, pues cayó en toda la parte trasera del barco destrozándola y haciendo añicos el timón.

Nos hundimos en el mar todos los que estábamos a bordo y yo luché por mantenerme a flote con todas mis fuerzas y, en ese momento, Alá, el más grande, puso a mi alcance una tabla de las que habían salido volando del barco y me monté encima y empecé a mover los pies como remos. Gracias a las olas y los vientos favorables pude avanzar y dirigirme a una isla que se encontraba cerca.

Salté a tierra, en tal estado que parecía a punto de morir, pues casi no podía sostenerme en pie por el hambre y el terror. Continué en esa situación hasta que se oscureció y llegó la noche. Busqué un lugar donde echarme a descansar y dormí hasta que el sol resplandeció y llegó la mañana.

Me levanté y empecé entonces a explorar la isla y quedé maravillado al descubrir que parecía uno de los verdaderos jardines del Paraíso. Estaba sembrada de hermosos árboles, cargados de frutas maduras,

y por todas partes había manantiales y flores de aromas deliciosos, y en las ramas de los árboles cantaban los pajaritos, alabando a Alá, el que todo lo puede y es el único eterno.

Comí hasta quedar satisfecho y bebí hasta calmar la sed y agradecí a Alá y lo glorifiqué y, finalmente, me senté a descansar y así estuve hasta que llegó la noche, sin que en todo este tiempo hubiera escuchado ninguna voz humana y sin que hubiera visto a nadie en la distancia. Como estaba medio muerto, por tantos temores y fatigas, me tendí en el suelo y me quedé dormido de inmediato.

Me desperté cuando amaneció, me levanté y empecé a caminar por esa maravillosa arboleda hasta llegar a un manantial de agua corriente, donde encontré a un scheij venerable, que llevaba puestas unas ramas de palmera como calzones. Pensé que ese anciano podría ser alguno de los náufragos. Me acerqué y lo saludé. El anciano me respondió con una seña, sin hablar.

–¡Oh, scheij! –le dije–. ¿Por qué razón estás aquí sentado?

El anciano sacudió la cabeza con tristeza y con la mano me hizo otra seña, como si quisiera

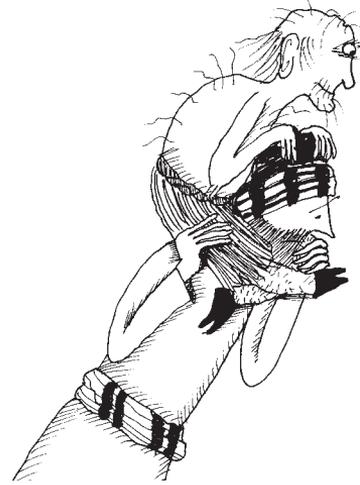
decirme, “Súbeme a tus hombros y llévame hasta el otro lado del arroyo”.

Puedo hacerle ese favor, me dije, y lo llevaré hasta la otra orilla; tal vez esta buena acción me signifique algún beneficio, pues puede tratarse de un paralítico. Entonces, lo levanté de y me lo cargué en los hombros y lo llevé hasta el sitio donde me había indicado.

–Ya puedes bajarte, despacio –le dije cuando llegamos.

Pero el anciano, en lugar de bajarse, enroscó con más fuerza las piernas alrededor de mi cuello y, cuando vi sus pies, me di cuenta de que, por lo negro y ásperos, parecían las pezuñas de un búfalo montés.

Me entró un gran temor y traté de desprenderme del anciano, pero este volvió a apretar las piernas con más fuerza alrededor de mi cuello, con tanta fuerza que parecía quererme estrangular y empecé a ver todo oscuro y perdí el conocimiento y caí al suelo sin sentido, como un muerto. Entonces el anciano levantó las piernas y empezó a darme patadas en la espalda y los hombros, provocándome un dolor tan agudo que tuve que levantarme de nuevo y seguir con él a cuestas, a pesar del cansancio que sentía.



Entonces el anciano con otra seña de la mano me indicó que me internara por los árboles. Lo obedecí y caminamos por entre esos árboles cargados de fruta y cada vez que disminuía el paso, el anciano me espoleaba con los pies, con golpes que parecían latigazos.

El anciano siguió usándome como cabalgadura por espacio de mucho tiempo, hasta que un día, llegué, con él a cuestras, a un rincón de la isla donde había muchísimas calabazas. Agarré una calabaza bien grande, la partí y le saqué todo lo que tenía dentro. Después, busqué una parra de uvas silvestres



y con estas llené la calabaza vacía. La volví a cerrar y dejé la calabaza al sol durante un tiempo, hasta que finalmente el jugo de las uvas se fermentó y se transformó en vino.

Desde aquel día, empecé a beber un poco de ese vino para tomar fuerzas y soportar mejor la fatiga que me imponía ese demonio, pues el vino me reconfortaba y me daba ánimos. Un día, cuando el anciano me descubrió bebiendo de la calabaza, se asombró y por señas me preguntó qué era esa cosa que estaba tomando.

–Es una cosa extraordinaria, que fortifica el corazón y tranquiliza la mente –le dije.

Enseguida, me puse a correr de un lado a otro sin esfuerzo, llevándolo a cuestras, y empecé a dar brinco y vueltas, pues el vino me daba fuerzas y alegría, y cantaba y saltaba sin sentir nada de cansancio. Cuando vio todo esto, el anciano me pidió con señas que le pasara la calabaza, para que él también bebiera. Se la pasé y se bebió de un trago todo el vino que quedaba. Se emborrachó de inmediato y sentí que se revolvía sobre mis hombros.

Cuando comprendí que el anciano estaba borracho y que tenía la cabeza trastornada, estiré la

mano hasta sus pies y desaté sus piernas de mi cuello, me agaché y lo arrojé al piso, donde quedó tirado cuan largo era.

Mientras Simbad el marino les contaba este episodio a sus amigos, dijo:

–No podía creer que me había liberado de ese demonio y que era dueño otra vez de mí mismo.

Sin embargo, con el temor de que se le pasara la borrachera y quisiera otra vez convertirme en su esclavo, busqué una piedra grande y, aprovechando que el anciano seguía dormido, se la descargué en la cabeza con tanta fuerza que quedó tieso. ¡Que Alá no se apiade de su alma!

Me puse a caminar por la isla, con el espíritu ya tranquilo, y me dirigí al sitio donde había estado antes, a la orilla del mar. Permanecí en aquella isla durante un tiempo, comiendo de la fruta de los árboles y bebiendo del agua de sus arroyos y, sentado en la playa, no dejaba de ver en la distancia por si aparecía algún navío. Y un día, mientras esperaba sentado, divisé a lo lejos un barco que venía por el océano tempestuoso y que enderezaba el rumbo hacia la isla, donde arribó y enseguida sus tripulantes y pasajeros bajaron a tierra.

Caminé hacia los que acababan de bajar y, al verme, se acercaron, me rodearon por todas partes. Quisieron saber cómo me encontraba y cuál era la razón de mi presencia en esa isla. Les conté todo lo que me había sucedido, sin olvidar nada, y al oír mis palabras se maravillaron y dijeron:

–Pues has de saber que ese viejo que se te subió a los hombros se llamaba Sheiju–l–Bahr, y ninguno a los que les echó las piernas al cuello salió, hasta ahora, con vida. Tú eres el primero, y ese demonio primero los mataba y después se los comía. ¡Alabado sea Alá, por haberte salvado de ese malvado *schaitán*!

Entonces me ofrecieron comida y ropa para cubrir mi desnudez y después me llevaron a su barco. Zarpamos de inmediato y navegamos días y noches sin parar, hasta que el Omnipotente nos condujo a una ciudad de edificios altos, todos a la orilla del mar y con una única puerta, reforzada con clavos de hierro. El sitio se llamaba la Ciudad de los monos y, cuando llegaba la noche, todos sus habitantes salían por la puerta que daba al mar y se subían a sus barcas y dormían ahí, por temor a que los monos bajaran de las montañas y los sorprendieran en el sueño y los mataran.

Me puse a pasear por la ciudad, maravillado y entretenido, y no me di cuenta de que el barco zarpaba sin mí. Cuando regresé ya era tarde y de nada me sirvió arrepentirme y lamentarme. Me senté en la tierra y me puse a llorar, con mucho dolor. Estaba ahí llorando, cuando se acercó uno de los habitantes de la ciudad y me dijo:

–¡Oh, mi señor, a juzgar por tu aspecto, pareces extranjero!

–Así es –le contesté–. Soy extranjero, un desgraciado peregrino. Venía en un barco y salté a tierra con el propósito de explorar la ciudad y, cuando regresé al puerto, el barco había zarpado hacía tiempo.

–Pues bien –me dijo el hombre–. Levántate y ven conmigo de inmediato a mi barca, pues si te quedas aquí vendrán los monos y te matarán.

Obedecí sin protestar, lo seguí y con otros más saltamos todos a la barca. La empujaron mar adentro, lejos del puerto, a varios metros de distancia. Pasamos la noche en la barca hasta que amaneció. Y así hacían los habitantes del país, pues si permanecían en la ciudad corrían el riesgo de que aparecieran los monos y los mataran a todos.

Sin embargo, cuando regresaba la luz de la

mañana, los monos desaparecían arriba en las montañas, después de llenarse las barrigas con las frutas de los huertos, y se echaban a dormir hasta que llegaba la noche, para bajar de nuevo a la ciudad.

Muchas cosas extraordinarias me sucedieron en este país lejano, pero la más extraordinaria de todas me sucedió con uno de los habitantes que dormían en la barca. Una noche, el hombre me preguntó:

–¡Oh, mi señor! Eres extranjero en estos rincones, pero dime, ¿no conoces ningún oficio en el que te puedas ocupar?

–No, por Alá –le contesté–. No conozco ningún oficio, ni sé hacer nada, querido hermano. Soy mercader y poseo muchas riquezas allá en mi tierra, y, entre otras cosas, era dueño de un navío que atravesaba el mar cargado de mercancías valiosas y que, para mi desgracia, naufragó, salvándome sólo yo de aquel terrible desastre gracias a Alá, el más grande, que me proveyó de una tabla para no morir ahogado.

El hombre me escuchó y después se fue y regresó con una gruesa bolsa de algodón y me dijo:

–Agarra esta bolsa y llénala de piedritas de esta ciudad y ven con nosotros. Yo estaré a tu lado muy

atento, y vas a hacer lo que los otros hagan, que tal vez de esta forma podrás hacer algo que te brinde beneficios y así talvez podrás regresar a tu ciudad con tus parientes y amigos.

Me llevó entonces el hombre a las afueras de la ciudad, donde me puse a recolectar esas piedras, lisas y brillantes, y llené la bolsa. Estando ahí, vi salir un grupo de gente de la ciudad y me les uní. El hombre que venía conmigo me recomendó y les dijo a los otros:

–Este es un extranjero. Llévenlo con ustedes y enséñenle lo que tiene que hacer, pues así talvez él aprenda a ganarse la vida y ustedes reciban una recompensa de Alá, alabado sea su nombre para toda la eternidad.

–Oímos y obedecemos –respondieron. Enseguida me dieron la bienvenida, me acogieron como uno de ellos y prosiguieron su camino. Cada uno llevaba su bolsa de algodón, llena de piedritas como la mía.

No nos detuvimos hasta llegar a un valle abierto, donde había unos árboles frondosos y tal altos que nadie podía escalar hasta la cima. También había en el valle una multitud de monos, que

al vernos se subieron a los árboles y se escondieron entre las ramas. Empezaron mis compañeros a lanzarles las piedritas que llevaban en las bolsas y entonces los monos, para defenderse, arrancaban los frutos de aquellos árboles y se los lanzaban a su vez a los hombres abajo.

Examiné con cuidado los frutos que nos arrojaban los monos y pude ver que eran cocos. Escogí uno de aquellos árboles y empecé también a lanzarles piedritas a los monos, que enseguida me respondieron arrojándome cocos. Reuní los cocos como hacían mis compañeros y cuando se me terminaron las piedritas descubrí que tenía gran cantidad de aquellos frutos. Una vez terminó la faena, cada uno cargó con la cantidad que le correspondía y juntos regresamos a la ciudad.

Me fui a buscar al hombre bueno que me había presentado a los recogedores de cocos y le entregué los que yo había reunido. Sin embargo, él no quiso recibirlos y me dijo:

–Véndelos y quédate con lo que te den por ellos.

Me dio después una llave de una bodega en su casa y añadió:

–Guarda tus cocos allá y sigue yendo con los

demás compañeros y todo lo que recojas lo traes aquí y lo almacenas. Separa los más pequeños para venderlos y guarda los otros, que así talvez podrás reunir suficientes para pagar el regreso a tu tierra y tu casa.

–¡Que Alá te lo pague! –le dije, agradecido.

Hice lo que me dijo y, así, todos los días salía al campo con los recogedores de cocos y algunos de ellos me recomendaban los árboles más cargados de frutos. Gracias a todo esto, conseguí reunir una gran cantidad de excelentes cocos, así como una buena suma de dinero, producto de una venta a buen precio.

Entonces empecé a comprar todo lo que veía y quería y aumentó mi buena suerte en la ciudad, con riquezas que aumentaban sin parar. Hasta que un día, sentado a la orilla del mar, vislumbré a lo lejos un barco que se dirigía al puerto. Cuando se detuvo, salí a buscar a mi amigo y le anuncié la llegada del barco y le confesé mis deseos de regresar a mi tierra.

–Eres libre de hacerlo si ese es tu deseo –me dijo–. Nadie te lo puede impedir.

Le di las gracias por todo lo que había hecho por mí y me despedí con mucho fervor. Subí después

al barco, hablé con el capitán y contraté con él el precio de carga de todas mis mercancías, y cuando estuvimos de acuerdo las mandé subir a bordo.

Zarpamos ese mismo día y empezamos a navegar, avanzando sin parar, de isla en isla y de mar en mar, y en todos los puertos donde nos deteníamos, yo comerciaba con esos cocos, cuya venta me produjo mucho más dinero que el que poseía antes y había perdido. Entre muchos de los lugares que visitamos, abordamos una isla donde abundaba el clavo, la canela y la pimienta, y compré gran surtido de estas especias, intercambiándolas por cocos, y después llegamos a una isla llamada Al-Usirat donde crece la sábila, y pasamos por las pesquerías de perlas y les regalé a los buzos algunos de los cocos pidiéndoles que bucearan por mi suerte. Lo hicieron así y me trajeron del fondo una carga de hermosas perlas, de mucho valor.

—¡Has tenido suerte, por Alá!

Entonces desplegamos las velas y continuamos nuestra ruta, avanzando sin parar y con la bendición de Alá hasta que arribamos a Bazra sin ninguna desgracias. ¡Alabado sea Alá por siempre!

Bajé a tierra y permanecí en el puerto durante

algunos días hasta cuando decidí continuar mi viaje a Bagdad, la Ciudad de la Paz. Cuando llegué, me dirigí enseguida a mi barrio y a mi casa y me reuní con mi familia, saludé a mis amigos, y todos me recibieron felicitándome por mi feliz regreso. Guardé en mis almacenes todas las mercancías, repartí limosnas y les ofrecí vestido a las viudas y los huérfanos y obsequié regalos a mis amigos y parientes, sin preocuparme por los gastos, ya que por Alá mis riquezas se habían duplicado.

Después de todo esto, regresé a mi vida de antes, dedicándome a las fiestas y la alegría, olvidándome por completo de las desgracias que había padecido en mis anteriores viajes y disfrutando de todas las ganancias que había recibido.

Y esta es la historia de mi quinto viaje, con las maravillas y los prodigios que encontré. Cenen conmigo, queridos hermanos, y mañana les contaré lo que me sucedió en mi sexto viaje, que es aún más extraño que todo lo que hasta ahora han escuchado.

Después, Simbad el marino ordenó que le dieran a Simbad el de tierra cien monedas de oro. El costalero tomó las monedas y regresó a su casa. Durmió y, cuando salió la luz del sol, rezó sus oraciones

y echó a andar hasta llegar a la casa de Simbad el marino. Cuando entró, el dueño lo invitó a sentarse y estuvieron conversando los dos, hasta cuando llegaron los otros invitados. Comieron y bebieron hasta quedar satisfechos, conversaron con gusto y placer y, cuando ya no faltaba ninguno, Simbad el marino tomó la palabra y empezó a relatar su sexto viaje.

Historia del sexto viaje de Simbad el marino



–Pues han de saber mis queridos parientes y amigos que regresé de mi quinto viaje y olvidé todas las desgracias que había padecido, viviendo en la diversión y las fiestas, dedicado por completo al gozo y la alegría, hasta cuando mi alma empezó de nuevo a sentir nostalgia de las aventuras y las andanzas y del contacto y comercio con habitantes de otros países que me trajeran ganancias.

Así, decidí finalmente comprar mercancías de gran calidad y provechosas para un viaje por el mar. Mandé empacar todo y salí de la ciudad de Bagdad, para dirigirme al puerto de Bazra. Al llegar allí, me dirigí al puerto y encontré un gran barco, cargado con mercancías de mucho valor y tripulado por mercaderes y gente importante. Mandé cargar todo mi equipaje y enseguida nos hicimos a la mar,

zarpando de Bazra alegres y con las bendiciones de Alá, el guardián.

Empezamos a navegar, pasando de un lugar a otro y de un puerto a otro, comprando y vendiendo mercancías, maravillados de todos los prodigios que veíamos, hasta que en uno de esos días escuchamos que el capitán del barco lanzaba un grito y vimos cómo se arrancaba el turbante, arrojándolo al piso, para después golpearse el rostro como una mujer y arrancarse las barbas con gran desespero, rodando por la tierra, desesperado y gritando:

–¡Ay de mi casa y de mis pobres huérfanos!

Todos los mercaderes y tripulantes del barco corrimos donde el capitán y le preguntamos:

–¿Qué pasa, capitán, para que te desesperes de esa forma?

Y el capitán nos contestó:

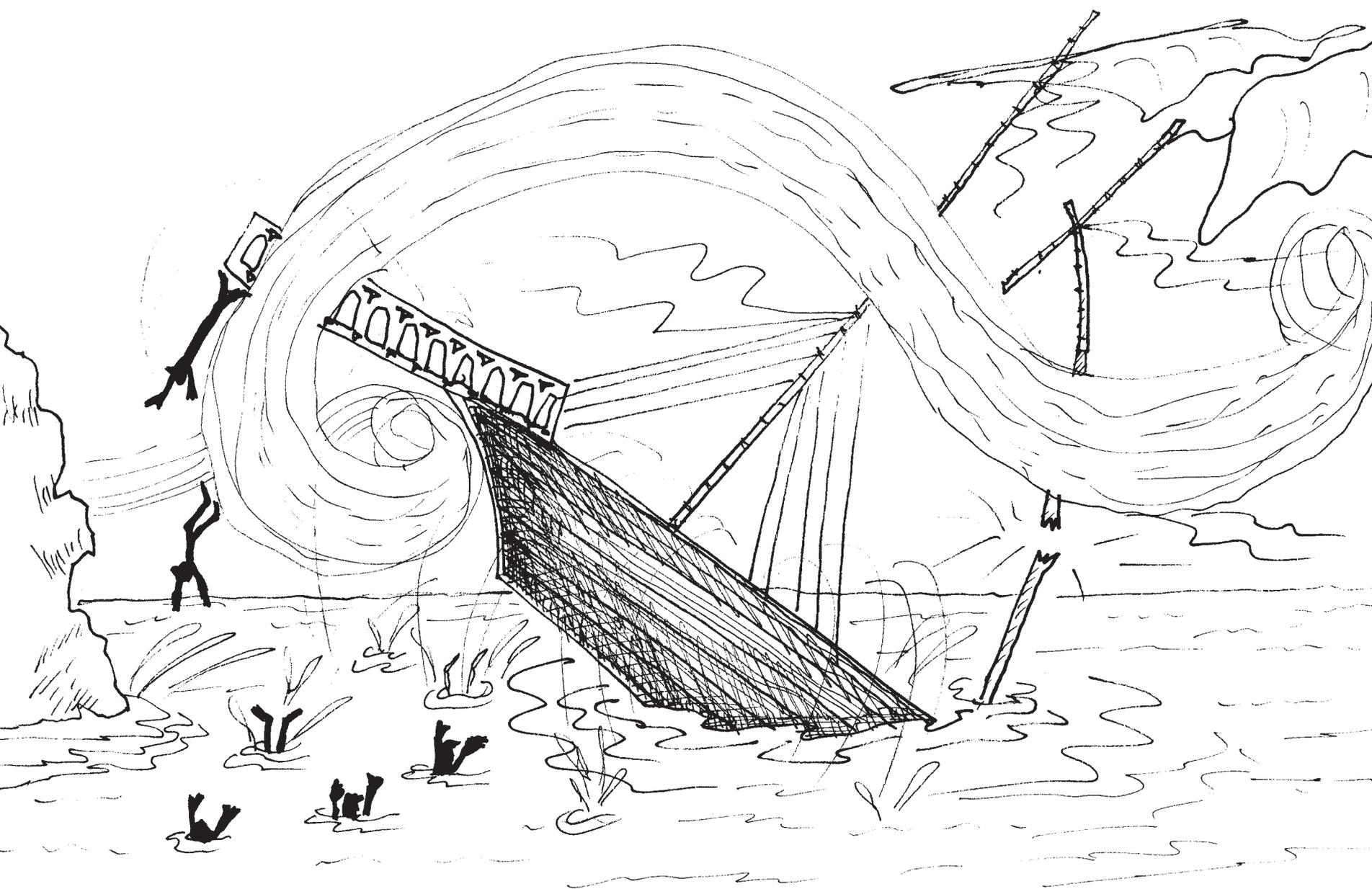
–Sepan, amigos míos, que hemos perdido el rumbo y nos hemos salido del mar donde navegábamos y hemos entrado en otro mar desconocido para mí, y si Alá no nos brinda un medio de salida, con seguridad moriremos todo aquí. Así que imploren con fervor todos por las bendiciones de Alá, para que se digne darnos la salvación.

De inmediato el capitán corrió y se subió a los mástiles para bajar las velas, pero en ese momento sopló un potente viento, que sacudió la nave con tanta fuerza que la volcó y rompió el timón. El terrible accidente sucedió cuando nos encontrábamos al pie de un monte y, bajándose del mástil, el capitán exclamó:

–¡No hay fuerza ni poder sino en Alá, el grande! Lo cierto es que ninguno puede burlar su propio destino. Hemos caído en un tremendo peligro y ninguno de nosotros logrará salvarse.

Al oír estas palabras, los pasajeros y mercaderes se echaron a llorar y empezaron a despedirse unos de otros, convencidos de que sus vidas llegaban a su final y que ninguna esperanza serviría. Entonces, el barco se estrelló contra aquel monte elevado y abrupto, saltando en mil pedazos y todos los tripulantes cayeron al agua. Muchos de los mercaderes se ahogaron y otros llegaron hasta el monte, buscando refugio y descanso a sus fatigas.

Yo me encontraba entre quienes se salvaron y subieron al monte, que resultó ser una isla grande, a cuya orilla se podían ver los restos de muchas embarcaciones, destrozadas por las rocas. Eran tantas



las embarcaciones naufragadas que uno se quedaba sin aliento al ver esa cantidad de tesoros y riquezas desparramados por la playa.

Escalé el monte yo también y exploré el interior de la isla, hasta que llegué a las orillas de una fuente de agua dulce, potable y deliciosa, que brotaba de un extremo de la montaña, dándole la vuelta. Los demás pasajeros habían tomado otros caminos, unos por aquí y otros por allá, y parecían como hipnotizados por tantas riqueza y tesoros abandonados por ahí y sin dueño.

Observé entonces el fondo de aquella fuente y distinguí gran cantidad de rubíes, grandes perlas y toda clase de piedras preciosas, que eran como la grava del cauce de los arroyos que corrían por esos lados, y también la arena de sus orillas resplandecía por la cantidad de piedras y metales preciosos que tenía.

Encontramos también gran cantidad de plantas de sábila de la más rica y descubrimos una fuente de ámbar gris, semejante a una goma o una cera, que fluía al borde de aquel manantial y se derretía por la acción y el calor del sol, hasta llegar a la orilla del mar, donde los monstruos de las profundidades salían y se la tragaban, para después volver a sumer-

girse. Pero como esta cera les quemaba las tripas, los monstruos la vomitaban y se transformaba después en una pasta que se congelaba y flotaba en el agua, cambiando de color y consistencia, hasta que las olas la regresaban a la playa, donde los mercaderes la recogían y la vendían.

Seguimos explorando la isla, admirados de tantas maravillas, pero la triste situación en la que nos encontrábamos enfrió nuestra alegría. Recogimos y llevamos a la cima del monte todas las provisiones que habíamos podido salvar del naufragio, y empezamos a racionarlas. Cada día, o cada dos días, preparábamos una única comida, por el temor de que, si nos excedíamos, se pudieran acabar demasiado pronto y corriéramos el peligro de morir de hambre.

Sin embargo, no pudimos evitar que muchos de nosotros murieran de hambre y de cólicos, provocados por el desfallecimiento. Cuando alguno moría, lavábamos su cuerpo y lo amortajábamos con las telas que el mar había arrojado a la playa. Muchos murieron, hasta que no quedamos sino unos pocos, hambrientos y sin fuerzas. Entonces, se fueron muriendo todos mis amigos y compañeros, uno después de otro, hasta que finalmente quedé yo solo.

–Después –siguió diciendo Simbad el marino–, empecé a cavar mi propia tumba, en forma de una zanja profunda, y me dije:

“Cuando sienta que ya he perdido todas mis fuerzas y comprenda que me ha llegado la muerte, me echaré a dormir en esa fosa y allí esperaré el fin. Después el viento se encargará de cubrir mi cuerpo con la arena”.

Y de inmediato me recriminé por mi falta de juicio y por la imprudencia de haber abandonado a mi familia y mi tierra para lanzarme a recorrer países desconocidos, después de haber soportado tantos sufrimientos, y no sólo una ni dos ni tres sino hasta cuatro y cinco veces distintas, sin que en ninguno de esos viajes no hubiera dejado de padecer grandes desgracias, siendo siempre las últimas las peores.

No aguardaba ninguna salvación, ningún amparo, y me arrepentí una vez más de haberme lanzado a viajar por el mar, después de todo lo que me sucediera. No tenía nada y, sin embargo, allí frente a mí había una cantidad incalculable de riquezas, tantas que no podría gastar ni la mitad en lo que me quedara de vida, con unos tesoros que abarcaban todo lo que podría necesitar y mucho más.

Entonces me puse a reflexionar y me dije:

“Por Alá que este río tiene que tener un nacimiento y un final, y sin duda debe desembocar en algún sitio. Lo que debo hacer, por lo tanto, es construir una barca donde quepa y, cuando la termine, botarla al agua y dejarme llevar por la corriente y así tal vez logre salvarme, con el permiso de Alá, el más grande. Y si no me salvo, pues moriré ahogado en las aguas de este río, que es preferible eso a seguir en este sufrimiento”.

Me levanté y empecé a buscar y reunir troncos de los árboles que había en esta isla, así como tablas que encontraba por ahí. Junté todo a la orilla del mar, até los troncos con las cuerdas de las embarcaciones naufragadas y con todo esto me fabriqué una barquita que tenía el ancho del río. Después llevé a la barca los tesoros abandonados en la playa, oro y metales preciosos, perlas y joyas de todas las clases. Subí a la barca y me dejé llevar por el río, sin saber cuál sería mi destino final.

Mientras avanzaba por la corriente, recordé algunos versos de un poeta, una canción que decía que había que alejarse de los peligros, pues, aunque hubiera muchos países y muchos hombres, sólo

había una vida para cada uno y había que huir de las desdichas y salvar el alma. Seguí así recitando por el río, hasta el lugar donde las aguas se metían por debajo del monte. Me dejé arrastrar por entre aquel subterráneo, sumido en las tinieblas.

El canal era tan estrecho que el barco se daba contra los costados y tan bajito que me golpeaba la cabeza. Al verme en esta situación, quise echar marcha atrás, pero como ya no podía hacer nada, me arrepentí de nuevo por haber arriesgado mi vida de esa forma y me dije que si el túnel seguía estrechándose más y más moriría y no podría salir de ahí nunca.

Entonces, para no golpearme más la cabeza contra el techo, me eché de bruces en la barca y la corriente me siguió arrastrando por entre aquellas tinieblas, donde no podía diferenciar entre el día y la noche, y era tanto mi pavor y confusión que no hay palabras para describirlos. Seguí así sin detenerme a lo largo de ese túnel, que algunas veces se ensanchaba y otras se estrechaba, hasta que, perdido en esa oscuridad, me entró el sueño y me quedé dormido. No supe si había sido un sueño largo o corto, pero cuando me desperté y abrí los ojos el sol

resplandecía con claridad y descubrí que la barca se había detenido en una isla, en medio de una tribu de hombres de piel oscura.

Cuando aquellos hombres vieron que estaba despierto, se acercaron y me hablaron en una lengua desconocida para mí. Creí entonces que se trataba de un sueño o de una ilusión nacida de mi desvarío, aunque al mismo tiempo me sentía feliz por haber salido de aquellas aguas subterráneas.

Cuando los hombres se dieron cuenta de que yo no entendía su lengua, uno de ellos se acercó y me habló en idioma árabe:

–¡Saludos hermano! ¿Quién eres y de dónde vienes? ¿Cómo llegaste a este río y cómo se llaman esas tierras que están al otro lado de estos montes, pues nunca habíamos visto que nadie viniera desde allí?

–¡Saludos para ti, hermano! –le contesté–. Pero antes dime, ¿quiénes son ustedes y en qué país estoy?

–Has de saber que nosotros somos agricultores y labradores, y vinimos aquí a regar nuestras plantas y recoger la cosecha. Te encontramos durmiendo en esa barca y la amarramos a la ribera y esperamos a que despertaras. Ahora, te rogamos que nos digas cuál es la razón que te trajo a este sitio.

–¡Alá te bendiga, mi señor! –dije–. Pero te ruego ante todo que me traigas algo de comer, que estoy desfallecido por el hambre, y después de que haya comido podrás preguntarme todo lo que quieras.

De inmediato el hombre fue y me trajo algo de comida. Comí hasta quedar satisfecho. Enseguida recuperé el ánimo y las fuerzas, y sentí que volvía a ser dueño de mi alma. Di las gracias a Alá, el más grande, y sentí mucho placer por haber salido con bien de aquellas aguas y de encontrarme con aquellos hombres bondadosos.

Les relaté entonces lo que me había sucedido, de principio a fin. Quedaron tan asombrados después de escuchar mis palabras que se dijeron entre sí:

–Tenemos que llevarlo sin más tardar ante nuestro soberano para que repita todo lo que nos ha contado.

–Me agarraron entonces –siguió contando Simbad el marino–, para llevarme donde su rey, con la barca y con todos los tesoros y riquezas y joyas y brillantes que guardaba dentro.

Este soberano era el rey de un país llamado Serendib y, después de escuchar las palabras de sus

vasallos, relatándole la manera cómo me habían encontrado, se volteó a mirarme, me saludó con mucha cordialidad y me dio la bienvenida. Enseguida, por intermedio de aquel hombre que hablaba árabe, preguntó cuál era mi condición y quiso saber también todas mis aventuras. Le relaté todo sin callar nada y el rey se maravilló y me felicitó por haber logrado salir sano y salvo.

Me levanté y saqué de la barca gran cantidad de piedras preciosas y ámbar y áloe y le ofrecí todo al rey, quien aceptó los regalos y, a su vez, me colmó de favores, ofreciéndome una habitación en su propio palacio, de donde yo después casi nunca me apartaba.

Después empecé a explorar esta isla de Serendib y descubrí que sus días y sus noches duraban sólo doce horas, y que por un extremo se extendía hasta un valle profundo y, por el otro, hasta una montaña abrupta y elevada, que podía verse desde la distancia. Descubrí también que en esa montaña había muchas clases de minerales, así como árboles de distintas especies y que en sus ríos había rubíes y perlas en sus valles. Caminé un día hasta la montaña, subí hasta lo alto y quedé maravillado

al contemplar sus riquezas, tantas que no podría describirlas, y después volví al lado del rey.

Así pasaba los días, y todos los mercaderes y viajeros que arribaban a la isla me buscaban siempre para preguntarme cómo iban las cosas en Bagdad y cómo era el gobierno de nuestro jalifa Harun-r-Raschid. Yo les hablaba de él y les explicaba todas las virtudes que le habían dado fama y, ellos, al escuchar mis palabras, lo elogiaban.

Sucedió entonces que el rey quiso saber sobre la forma de gobierno de nuestro país y yo le expliqué todo lo referente al jalifa Harun-r-Raschid y de la bondad y equidad con la que gobernaba a sus súbditos, así como también de la seguridad con la que vivíamos en Bagdad. El soberano se maravilló al oír esto y exclamó:

–¡Por Alá, que las ordenanzas del jalifa son muy sabias y su manera de gobernar digna de alabanza! Por todo lo que me has contado, le he tomado cariño al jalifa, así que he decidido enviarle un regalo y deseo que sea por tu propia mano.

–Oír es obedecer, mi señor –le contesté–. Le llevaré el regalo al jalifa y le contaré todo lo que tú lo estimas y que deseas ser su amigo.

Seguí durante un tiempo más al lado del soberano, gozando de mucho respeto y gran consideración, hasta que uno de esos días, en su palacio, escuché que un grupo de mercaderes contrataban un barco para dirigirse a Bazra. Me dije entonces que lo mejor que podía hacer era unirme a esos mercaderes, hacerme a la mar con ellos y regresar a mi casa y a mi ciudad.

Sin pensarlo más, me levanté y fui a besarle las manos al rey y le comuniqué mi deseo de partir con aquellos mercaderes, pues sentía muchos deseos de volver a mi tierra y ver a mis amigos y parientes. Entonces, el rey me dijo:

–Has lo que desees. Pero, si quisieras quedarte, podrías vivir aquí sin que nadie te lo impida, pues tu compañía es muy grata para nosotros.

–¡Por Alá, mi señor! –le contesté al rey–. Me has colmado de tantos favores y halagos, que nada es suficiente para darte las gracias. Pero ten en cuenta, sin embargo, ¡que casi estoy muerto por volver a ver a mi familia y mis amigos!

Después de escuchar mis palabras, el rey llamó entonces a los mercaderes y me encomendó a su protección y les pagó el valor de mi pasaje y mi

carga. Me colmó de grandes riquezas de su tesoro personal y me entregó además un regalo espléndido para nuestro jalifa Harun-r-Raschid, acompañado de una carta.

–Le darás esta carta al emir de los creyentes personalmente –me dijo–, y lo saludarás en nuestro nombre y le darás todo nuestro afecto.

–Oír es obedecer –contesté.

La carta venía escrita con tinta azul marino, en una finísima piel de animal, más fina aún que la piel de ternera y de color amarillo, y decía lo siguiente:

“Que la paz sea contigo, de parte del soberano de Al-Hind, que marcha precedido de mil elefantes y en el techo de su palacio brillan mil diamantes. Te enviamos con esta carta, alabado sea el Señor y su Profeta, un modesto regalo, suplicándote que te dignes aceptarlo.

“Has de saber que eres para mí como un hermano y un querido amigo, y que el amor que siento por ti en mi corazón es grande, por lo que te rogamos que nos favorezcas con una respuesta. Sabemos que el regalo no es digno de tu grandeza, pero te rogamos que no lo rechaces. La paz sea contigo, hermano”.

El regalo que el soberano mandaba conmigo al jalifa consistía, primero, en una copa de rubí de varios centímetros de alto, incrustada por dentro con preciosas perlas; también en un lecho forrado en la piel de una de esas serpientes que se tragan a los elefantes, con la virtud de que quien se sienta en esa piel se vuelve inmune a todas las enfermedades, y, además, enviaba mil troncos de madera de álce y doscientos granos del más exquisito alcanfor, así como dos colmillos de elefante de varios metros de ancho y de largo, y, finalmente, una hermosa esclava de Serendib, semejante a una luna llena.

Me hice cargo de todo y después me despedí del monarca y de todos mis amigos y conocidos de la isla. Enseguida me dirigí al puerto en compañía de uno de aquellos mercaderes. Soltamos las velas del barco y zarpamos, siempre favorecidos por buen viento, y navegamos sin parar, bajo la bendición de Alá, alabado sea, y arribamos finalmente al puerto de Bazra. Permanecí unos días en la ciudad de Bazra y empaqué todas mis mercancías y pertenencias.

Entonces, salí del puerto de Bazra y me dirigí hacia Bagdad, la Mansión de la Paz, donde, después de llegar, pedí audiencia para visitar al jalifa y le

entregué los regalos enviados para él por el monarca de Al-Hind. El jalifa me preguntó de dónde venía y yo le contesté:

–¡Por Alá, Oh, emir de los creyentes! No conozco el nombre de esa ciudad y tampoco sé cómo se llega a ella.

El jalifa entonces me preguntó:

–Dime, Simbad, ¿es verdad todo lo que dice ese rey en la carta?

Yo le respondí, después de besar la tierra:

–Señor, en su reino pude ver muchas más cosas de las que él te escribe en la carta, pues cuando hay alguna fiesta oficial aparece en público montado encima de un elefante enorme, de varios metros de alto, y sus súbditos caminan a su lado. Al frente siempre camina un hombre que lleva en la mano derecha una espada de oro y, detrás, va otro portando una pesada maza de oro, rematada con una esmeralda de varios centímetros y tan gruesa como el pulgar de un hombre.

Y cuando el rey monta a caballo, el cortejo es de mil caballeros, vestidos con brocados de oro y seda, y adelante va un heraldo, gritando: “¡Este es el rey de mayor dignidad y alta autoridad! ¡Este

es el rey que posee una corona que ni Salomón ni Mahrachán poseyeron jamás!”. Después de decir esto, el heraldo guarda silencio y, entonces otro heraldo, que va detrás del monarca, grita a su vez y clama: “¡Y ha de morir! ¡Repito que ha de morir!”. Y otro añade: “¡Alabemos la perfección del Viviente, el que nunca muere!”. Y es tan alta su sabiduría que todos sus vasallos saben discernir entre la Verdad y la Mentira.

–¡Oh, pero qué grande es ese rey! –exclamó el jalifa, al escuchar mi relato y añadió: Ya lo había sospechado por la carta, pero tú ahora lo confirmas con lo que me cuentas. ¡Por Alá, que es un rey sabio y que conoce el arte de gobernar!

Después le relaté al jalifa las aventuras de mi último viaje y, al oír mis historias, se maravilló tanto que ordenó a sus cronistas que escribieran mi historia completa y la guardaran en sus archivos, para que sirviera así de enseñanza para todos aquellos que la leyeran.

Cuando el jalifa terminó de honrarme, regresé a mi vida de placer y despreocupación en Bagdad, y, con el tiempo, me olvidé de todos los sufrimientos y de todas las desgracias que había padecido en mis

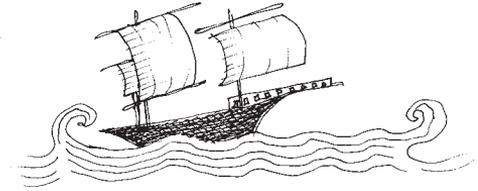
viajes, entregándome por completo a las fiestas y a los placeres con mis amigos y parientes.

Y este es, hermanos míos, el relato de mi sexto viaje, dijo Simbad el marino y ordenó que sirvieran comidas y bebidas para sus amigos y, cuando estuvieron satisfechos, mandó que le dieran a Simbad el costalero cien monedas de oro, quien las tomó, como las veces anteriores, y se fue a dormir a su casa, lleno de asombro y emoción por todas las maravillas que había escuchado.

Simbad el costalero pasó la noche en su casa y, cuando amaneció y la luz del sol resplandeció, se levantó, rezó sus oraciones, y se dirigió a la casa de Simbad, el del mar, quien lo acogió con mucho cariño. Llegaron después los otros invitados, comieron y conversaron con mucho placer y, cuando ya no faltaba ninguno, Simbad el marino tomó la palabra y empezó el relato de su séptimo viaje.

Historia del séptimo viaje

de Simbad el marino



—Han de saber, hermanos míos, que al regresar de mi sexto viaje me encontraba yo entregado a la vida placentera de siempre, sin pensar en otra cosa que beber y comer con mis amigos, gozando feliz de todo lo que deseaba, gracias a las ganancias y riquezas que había conseguido en mis viajes, hasta que, al cabo de un tiempo, mi alma sintió de nuevo la nostalgia y el anhelo de recorrer tierras lejanas y extrañas, de comerciar con gente de otros países y de enfrentarme a nuevas aventuras.

Fue tanto el poder de esa idea que me levanté y fui a comprar mercancías y muchos artículos valiosos para comerciar, los empaqué y salí de la ciudad de Bagdad para dirigirme a Bazra y embarcarme en el puerto.

Cuando llegué allí, encontré un hermoso

barco, listo ya para zarpar, con un gran grupo de mercaderes y pasajeros a bordo. Me embarqué yo también con mis mercancías y, después de saludarlos a todos, nos hicimos a la mar. Navegamos con viento favorable, de un lugar a otro, hasta cuando llegamos a la ciudad de Az-Zin, contentos todos con nuestro viaje y con la promesa de conseguir ganancias favorables.

Sin embargo, de pronto empezó a soplar un viento tempestuoso por la parte delantera del barco y se desató una lluvia torrencial sobre nuestras cabezas, inundándonos sin misericordia. Saltamos todos a cubrir las mercancías con paños y capas, para que así la lluvia no las dañara, y empezamos a rogarle a Alá, el más grande, para que nos salvara del peligro.

Entonces el capitán del barco, encomendándose a Alá, subió al mástil y se puso a mirar a derecha e izquierda y, después de observar a los mercaderes y los tripulantes, empezó a golpearse la cara y a arrancarse los pelos de la barba.

–¿Qué pasa capitán? –le preguntamos.

–¡Oh, hermanos míos! –exclamó–. Pídanle a Alá que nos salve del peligro en que nos encontramos, pues nadie sino Él nos puede sacar con bien y,

si no, despídanse unos de otros, pues han de saber que el viento se ha apoderado de nuestro barco y nos ha lanzado al último de los océanos.

Bajó de nuevo el capitán y abriendo un cofre sacó una bolsa de tela azul, de donde extrajo otra bolsita con unos polvos parecidos a cenizas y después los puso en un plato y les echó agua y esperó un rato a que se diluyeran y, entonces, los probó y sacó otra vez del cofre un librito. Leyó algo del librito durante una hora en silencio y después empezó a llorar, diciendo:

–Han de saber, pasajeros, que en este libro dice que cualquiera que llegue a este lugar morirá sin remedio, y no tendrá salvación, porque a este océano lo llaman el Mar del Clima del Rey, donde se encuentra el sepulcro de nuestro señor Salomón, el hijo de David, y está plagado de serpientes gigantescas y de aspecto terrible. Además dice que si un barco se acerca por estos parajes sale de las profundidades del agua un enorme pez, llamado Jot, que se traga el barco y todo lo que lleva a bordo.

Al escuchar estas palabras, quedamos todos maravillados y sin poder movernos. Pero en el mismo instante que terminó de hablar el capitán,

el barco dio un salto por encima del agua y volvió a caer con un estrépito y empezamos todos a rezar las oraciones de la muerte, encomendando nuestras almas a Alá.

Enseguida escuchamos un ruido tremendo, semejante al estallido de un trueno, y que nos provocó tanto temor que todos quedamos como muertos y nos creímos perdidos para siempre. En ese mismo instante, vimos salir de las aguas un pez enorme, como del tamaño de una montaña inmensa, y al verlo nos echamos a llorar, afligidos y dueños del terror. Y ahí mismo, vimos surgir otro pez, aún más grande que el otro, de un tamaño descomunal, como nunca antes habíamos visto, y empezamos a despedirnos entre nosotros, llorando por nuestras almas, convencidos de que no podíamos escapar a esa desgracia.

Pero entonces vimos aparecer otro pez, aún más grande y terrible que los dos anteriores, y fue tanto nuestro pavor que no podíamos movernos y era como si hubiéramos perdido la razón. Y enseguida los tres peces empezaron a dar vueltas alrededor del barco y sin dejar de mirarlo, con una mirada terrible, como si quisieran tragarse el barco con todo y sus tripulantes.

Y a todas estas, el viento no dejaba de sacudir el barco, zarandeándolo y levantándolo por los aires para volver a lanzarlo al mar, hasta que al fin fue a estrellarse contra unas rocas y allí se hizo mil pedazos. Salieron a volar todas las tablas y se hundieron en el mar todas las mercancías y los bultos, así como todos los pasajeros y los tripulantes, yo entre ellos.

Cuando me vi en esa situación, decidí despojarme de toda la ropa y empecé a nadar entre las aguas hasta que encontré una tabla de las que flotaban por ahí. Me agarré con fuerza y me subí, dejándome llevar por el viento y las olas, que me arrastraban de un lado para otro, y aunque me zarandeaban con fuerza, no me dejé tumbar de la tabla.

Así, víctima una vez más de la desgracia, me arrepentí y empecé a recriminarle a mi alma por haber abandonado la vida de paz y tranquilidad de la que gozaba antes, sin ninguna preocupación, y me dije:

“¡Oh, por Alá, amigo Simbad! Por lo visto eres de tal naturaleza que no tienes remedio y no aprendes, aún después de las calamidades y los padecimientos que has sufrido. Así que aguanta esta otra

y prepárate para todas las que te sobrevengan, pues te lo tienes merecido. Y has de saber que todo lo que sucede es designio de Alá, para ver si al fin te curas de tu fatal ambición. Pues, ¿no poseías suficientes riquezas y placeres para dar término a tus locas correrías? ”.

Seguí hablando de esa manera hasta que recuperé el entendimiento y me dije que todo esto era un aviso de Alá para enmendar mis faltas, y que debía aprovechar cualquier oportunidad de salvación, y no volver a arriesgar mi vida si salía con felicidad de este percance. Recordé entonces la vida alegre que llevaba en Bagdad con mis parientes y amigos, entregado a la diversión y los placeres, y entristecido no dejé de pensar en todo esto, mientras flotaba a merced de las olas y el viento.

Arribé por fin a una isla, donde encontré muchos árboles cargados de frutos, así como arroyos de agua pura y fresca. Empecé a explorar la isla y comí de las frutas de los árboles y bebí el agua de los ríos y recuperé la fuerza, sintiendo que el alma volvía a entrar en mi cuerpo. Enseguida recité unos versos y me dije que, así el nudo de mi destino pareciera apretado sin remedio, debía tener paciencia, pues

Aquel que apretaba los nudos era también el mismo que los soltaba.

Caminé por la isla sin detenerme, hasta que un día llegué a otra montaña y descubrí un gran río de agua dulce y fresca, que avanzaba con una corriente poderosa. Recordé entonces la barca que había fabricado en mi viaje anterior, el sexto, y pensé que si construía ahora otra barca tal vez podría salvarme de nuevo y exclamé:

—¡Por Alá, si logro salir con bien de esta desgracia, haré penitencia como escarmiento y juraré no volver a embarcarme nunca más en mi vida y si, por el contrario, muero, mi corazón descansará de tantos sobresaltos y desgracias!

Procedí acto seguido a buscar y recoger troncos de aquellos árboles, que eran de sándalo, muy fuertes y altos, y cuando tenía suficientes los até con la fibra de otros árboles y construí el armazón de la barca. Me lancé a la corriente del río y me dije que si lograba salvarme sería obra de Alá, el más grande. Estuve así a merced de la corriente por varios días, sin nada que comer, y apagaba la sed con el agua del río, y me puse débil como un animalito, temeroso y triste.

Al cabo de un tiempo, llegué a la entrada de un gran túnel, por donde se metía el río, y al ver aquello temí por mi vida y recordé el terror que tuve en mis viajes anteriores y deseé poder detener la barca y empujarla hasta el borde de la montaña, para saltar a tierra, pero la corriente era muy fuerte y me arrastró sin parar hasta aquel subterráneo y, al verme perdido, exclamé:

—¡No hay poder ni gloria sino en Alá, el más grande!

Sin embargo, al poco rato, salí del subterráneo y divisé en la distancia un ancho valle. La corriente del río bajaba con un fragor semejante al de un trueno, con una velocidad como la de un viento poderoso, y tuve que agarrarme con fuerza a la barca para no caerme. Finalmente, la barca se dirigió a un claro, con un estanque a los pies de una ciudad amplia y hermosa, con amplias casas y parecía tener muchos habitantes.

Cuando los habitantes de la ciudad vieron cómo había bajado yo por la terrible corriente del río, me lanzaron cuerdas desde la orilla y me ayudaron a llevar la barca a tierra. Allí bajé casi rodando por el piso, medio muerto por el hambre, el frío y el miedo.

En ese mismo momento, se acercó un hombre alto y corpulento y de edad avanzada y me dio la bienvenida con mucho afecto. Después me ofreció un bonito traje para cubrirme el cuerpo desnudo. Resultó que este hombre amable era el scheij de la ciudad, quien después me tomó de la mano y me llevó a su casa, donde ordenó que me trajeran bebidas y comidas y me presentó a sus parientes y amigos.

Entonces, después de esta cordial bienvenida, el scheij me ofreció una habitación en uno de los extremos de su palacio y me asignó criados y esclavos, y me colmó de favores y halagos. Permanecí tres días y tres noches como huésped suyo, bebiendo y comiendo manjares exquisitos, sin ninguna preocupación, hasta que logré olvidar mis desgracias anteriores y mi corazón se serenó, aliviado de todas las fatigas.

Cuando llegó el cuarto día, el soberano me dijo:

—¡Oh, hijo mío, alabado sea Alá por haberte dado una vida nueva! Dime, ahora, si deseas acompañarme hasta la orilla del mar y pasar después al mercado para comerciar y vender a buen valor tus mercancías, para que recibas dinero y puedas comprar más productos y seguir así comerciando.

Al oír sus palabras, permanecí un momento en silencio, reflexionando, y me dije entonces que dónde pensaba el monarca que yo tenía guardadas mis mercancías y por qué me había dicho todo esto. Entonces el soberano agregó:

–No te preocupes, hijo mío, ni te aflijas.

Acompáñame al mercado, que en cuanto aparezca un comprador que ofrezca por tus mercancías un precio que te sirva, yo lo recibiré y te lo daré. Y si no aparece nadie que ofrezca por tus mercancías un precio que sea de tu agrado, yo las guardaré en mis almacenes hasta que se presente una mejor ocasión.

Volví a reflexionar en lo extraño del caso, pero luego me dije que no debía preocuparme y que era mejor hacer lo que mandaba el monarca, para después ver cuáles eran las mercancías de las que hablaba. Entonces le contesté:

–Oír es obedecer, respetable scheij. Haremos lo que desees, que doy por bueno lo que propones, y Alá bendiga tus actos, pues estaré de acuerdo contigo en todo.

Salimos, pues hacia el mercado, y al llegar allí me encontré con mi barco todo desencuadrado y, en aquel preciso momento, un comerciante estaba

subastando las maderas, que eran de sándalo. Los mercaderes alrededor lanzaban ofertas y pujaban entre ellos, hasta que finalmente uno ofreció mil dinares y la subasta terminó. Entonces el scheij volteó a mirarme y me dijo:

–Escucha bien, hijo mío, lo que te voy a decir y dime si estás dispuesto a hacer lo que voy a proponerte.

–¿De qué se trata, mi señor? –pregunté.

–Has de saber –respondió–, que he llegado a una edad avanzada y no tengo ningún hijo varón, pero tengo una hija pequeña muy linda que ha heredado una gran riqueza. Ahora bien, desearía que te casaras con ella y te quedaras a vivir en nuestra tierra.

Una vez más, permanecí callado, sin saber qué pensar, y el monarca, al ver mi silencio, dijo:

–Haz lo que te digo, hijo mío, que yo sólo deseo tu bien, pues si accedes a casarte con mi hija, serás como mi hijo y heredarás todos mis bienes y posesiones. Si, por el contrario, prefieres regresar a tu país y comerciar allí nadie te lo puede impedir. Así que piénsalo bien y decide libremente lo que estimes más conveniente.

–¡Oh, querido scheij, el respetable! –contesté–. Yo te considero ya como mi padre y antes de encontrarte sufrí tantas penalidades y desgracias que llegué a perder la razón y pensé que iba a morir. Así que pongo el asunto en tus manos y desde ya me someto a tu fallo.

Cuando escuchó mis palabras, el soberano mandó llamar a los jueces y los testigos y enseguida arreglaron mi boda con su hija. Después, ordenó preparar una gran fiesta y me llevó donde su hija, que en realidad era tan hermosa como había dicho su padre, pues tenía un cuerpo agraciado y lucía gran variedad de joyas valiosas, con oro y piedras preciosas y collares de perlas de valor incalculable, que era una maravilla contemplarlas y no hay palabras para describirlas.

No resultó extraño, entonces, que al verla quedara enamorado de inmediato, prendado de su belleza, con un amor que ella también me correspondió. Vivimos largo tiempo entregados a la dicha y los placeres, sin fatigas ni aflicciones, rodeados de tranquilidad y sin recordar las desgracias pasadas, hasta que, un día, su padre, el scheij, murió, por la voluntad de Alá, el más grande.

Procedí a amortajarlo y enterrarlo y pasó a mis manos y poder todo lo que poseía el soberano. Acto seguido, los mercaderes me nombraron su jefe, y de ahí en adelante empecé a tener un trato más cercano con todos los habitantes de la ciudad, como era ahora mi obligación.

–Resultó entonces –siguió diciendo Simbad el marino –que después de un tiempo descubrí, maravillado, que estos habitantes cambiaban de naturaleza cada principio de mes.

Pues, de un momento a otro, la cara se les transformaba en la cabeza de un pájaro y les salían unas alas con las que volaban hasta los límites del cielo. Y esto les sucedía únicamente a los hombres y no quedaban en la ciudad sino las mujeres y los niños de corta edad. Al darme cuenta de lo que pasaba, me dije que cuando comenzara el mes y apareciera alguno de estos pájaros, le pediría que me cargara y me llevara con él hacia el lugar donde se dirigían.

Así, cuando llegó el comienzo de mes, a todos los hombres se les transformó la cara y cambiaron de forma. Me acerqué a uno de ellos y le dije:

–¡Por Alá, el más grande! Carga conmigo y llévame contigo hacia donde van todos ustedes, para

que me distraiga un poco y después tráeme acá de regreso.

Cuando escuchó mis palabras dijo:

–Perdóname, hermano mío, pero no puedo hacer eso.

No le insistí más en ese momento, pero cuando lo volví a encontrar logré por fin convencerlo de que me llevara con él. Tomándome a cuestras, echó a volar con los otros por los aires y, maravillado, di las gracias a Alá, por todos los prodigios que había creado. No acababa de pronunciar estas palabras, cuando en ese instante nos cayó del cielo una lluvia de fuego que a estuvo a punto de quemarnos. Los hombres–pájaro, furiosos e indignados, sacudieron los cuerpos en el aire y me arrojaron sobre un monte altísimo y abrupto y, sin atender a mis palabras y ruegos, levantaron de nuevo el vuelo y me dejaron abandonado, en lo alto de aquel monte solitario.

Cuando me vi en aquella soledad y en ese desamparo, me arrepentí y volví a recriminarme por lo que había hecho y exclamé:

–¡No hay poder ni gloria sino en Alá, el más grande, pues cada vez que me libro de una desgracia caigo en otra aún más terrible y espantosa!

Afligido y sin saber hacia dónde dirigirme, descubrí de pronto a dos muchachos, hermosos como dos lunas, que se acercaban apoyándose cada uno en una vara de oro. Los saludé cordialmente y ellos me respondieron el saludo.

–¡Por Alá, hermanos míos! Díganme quiénes son y de dónde vienen.

–Somos servidores de Alá, alabado sea por una eternidad –me contestaron.

Entonces, sin agregar nada más, me entregaron las dos varas de oro que llevaban y enseguida se alejaron. Quedé maravillado y empecé a explorar aquel



monte apoyándome en las varas, y mientras trepaba por las piedras pensaba en aquellos dos hermosos jóvenes. Seguí avanzando así, cuando, de repente, vi salir de la tierra a una serpiente gigantesca, que llevaba entre las fauces a un hombre, medio tragado por las piernas hasta la cintura. Y el pobre infeliz exclamaba:

–¡Por Alá, quién podrá socorrerme y salvarme de este trance! ¡Que Alá lo bendiga para toda la eternidad y lo proteja de todas las desgracias!

Cuando escuché estos lamentos, me dirigí de inmediato donde la serpiente y, levantando una de las varas de oro, le di un fuerte golpe en la cabeza. La serpiente soltó ahí mismo al hombre y, este, al verse liberado, se me acercó y dijo:

–¡Oh, hermano mío!, como me salvaste de las fauces de esa serpiente, desde hoy en adelante seré para siempre tu amigo y compañero, y no me separaré de ti en ningún momento en todos los años que me quedan de vida.

Me mostré satisfecho con sus palabras y, dándole la bienvenida, acepté su alianza. Seguimos nuestro camino por el monte y al cabo de un tiempo vimos a un grupo de hombres extraños acercándose. Los

observé con atención y entonces reconocí al hombre–pájaro que me había llevado a cuestras, para después abandonarme en el monte. Me acerqué a él, lo saludé y, recriminándolo por lo que había hecho, le dije:

–¡Vaya forma de comportarte con los amigos! ¿Crees que estuvo bien lo que hiciste conmigo?

–La culpa de lo que sucedió la tuviste tú mismo –me contestó–, al ponerte a alabar y dar gracias a Alá mientras te llevaba a cuestras por los aires.

Me quedé pensando, sin comprender del todo, y le dije:

–No te molestes, hermano mío, pues no sabía que estaba cometiendo una indiscreción. Llévame contigo ahora y te prometo que no abriré la boca de nuevo.

Se mostró de acuerdo en volverme a llevar y antes de marcharnos, me despedí del hombre a quien había salvado y le regalé las varas de oro. Remontamos el vuelo una vez más y cuando me llevó y me dejó en la casa, mi mujer se abrazó a mi cuello, me deseó la paz y me felicitó por haber regresado sano y salvo.

–Cuídate –me dijo– y no vuelvas salir nunca más con esos hombres. No tengas ningún trato con

ellos, pues son hermanos de Schaitán y no pueden escuchar que alguno invoque el nombre de Alá, el más grande, en su presencia.

–Pero, entonces –repliqué yo– ¿cómo pudo vivir tu padre entre gente como esta?

–Mi padre –contestó mi mujer– no era de su misma naturaleza y tampoco imitaba sus actos. Pero ahora que mi padre ha muerto, creo que debes vender todo lo que poseemos y, con ese dinero, comprar otras mercancías propias para un viaje y emprender el regreso a tu país. Puedes llevarme contigo, pues ya no necesito vivir más en esta ciudad, después de que han muerto mi padre y mi madre.

Seguí el consejo de mi mujer y procedí a vender todas nuestras posesiones, así como las riquezas heredadas del scheij, y estuve atento por si se organizaba alguna expedición que saliera a recorrer las islas y los mares y nos llevara a mi tierra.

Resultó, entonces, que un día algunos habitantes de esta ciudad proyectaron un viaje para hacerse a la mar. Como no encontraron ningún barco disponible, decidieron comerciar unas tablas fuertes y construyeron un barco grande y hermoso. Contraté con ellos mi pasaje y el de mi mujer,

dándoles el precio estipulado, y mandé subir a bordo todas las mercancías y las pertenencias que podíamos llevar.

Subimos a bordo con mi esposa, zarpamos de la ciudad y empezamos a navegar sin detenernos, de isla en isla y de mar en mar, favorecidos por el viento y las olas, hasta que finalmente arribamos sin percances al puerto de Bazra. En esta oportunidad, no me detuve en aquella ciudad sino que me dirigí de inmediato a Bagdad en compañía de mi mujer y nuestras pertenencias. Una vez allí, fuimos al barrio y llegamos a mi casa, donde me encontré con mis amigos y parientes, quienes me dieron la bienvenida y se alegraron de verme y alabaron a Alá por traerme de nuevo sano y salvo.

Entonces regresé a mi vida de antes, entregado a los más deliciosos placeres y a las fiestas, sin preocupaciones ni fatigas, y juré no volver a embarcarme jamás, ni lanzarme a recorrer países desconocidos, y juré ante Alá, el más grande y todopoderoso, que nunca volvería a aventurarme ni por tierra, ni por mar, pues los siete viajes que había hecho me habían dejado fatigado y había padecido muchos sufrimientos.

Pero uno de esos días, sentado en mi casa, escuché que golpeaban en la puerta y uno de mis criados entró y me dijo:

–¡Oh, mi señor!, el emir de los creyentes desea verte.

Me levanté enseguida y fui a saludar al sultán. Besé la tierra y le di la bienvenida. El jalifa me saludó con mucha amabilidad y me dijo:

–Escucha, Simbad, tengo que encargarte una cosa, ¿quisieras hacerla?

Besé sus manos y exclamé:

–Oír es obedecer, ¿qué podría negarle este esclavo a su señor?

Entonces me dijo:

–Quisiera que viajaras donde el rey de Serendib y le llevaras una carta de respuesta, con muchos regalos de parte nuestra, pues ya sabes que él nos envió una carta, acompañada de regalos prodigiosos.

Al escuchar sus palabras, empecé a temblar y le dije:

–¡Oh, mi señor! Les he tomado tanto miedo a los viajes que, con sólo escuchar mencionar la palabra, las carnes se me abren ante el recuerdo de todos los sufrimientos que padecí. Además, juré ante

Alá no volver a viajar y ese es un juramento que no puedo quebrantar.

Le relaté enseguida al jalifa todas mis aventuras, de principio a fin, sin olvidar ningún detalle, y maravillado hasta el extremo, exclamó:

–¡Por Alá, el Todopoderoso, querido Simbad! Te han sucedido cosas que nunca a nadie, desde los tiempos más remotos, le han sucedido, y tienes razón de no querer oír nunca más la palabra “viaje”. Pero, quisiera que emprendieras este viaje y llevaras la carta al rey de Serendib, pues, si Alá lo permite, no tardarás mucho en regresar y gracias a ti habremos pagado la deuda que tenemos con aquel soberano.

Entendí que no podía negarme y oponerme a los deseos del emir de los creyentes y contesté:

–Oír es obedecer.

Me dio el jalifa entonces la carta y los regalos, así como una suma grande de dinero para el viaje y yo le besé las manos y me despedí de todos. Salí de Bagdad y me dirigí al puerto de Bazra, donde encontré un barco listo para zarpar. Me subí a bordo en compañía de otros mercaderes y nos hicimos a la mar. Navegamos durante muchas noches y muchos días sin detenernos y, finalmente, con la ayuda de

Alá, el más grande, arribamos a la isla de Serendib.

Bajé con la carta y los regalos del jalifa y me dirigí derecho al palacio del rey. Besé la tierra entre sus manos y, al verme, el soberano dijo:

–¡Bienvenido seas, Simbad! ¡Por Alá, el Omnipotente, teníamos muchos deseos de verte y damos gracias a Alá por permitirnos ver de nuevo tu rostro!

Me tomó de la mano y me hizo sentar al lado suyo. Me agasajó con el mismo cariño de la vez anterior y me trató como su amigo. Empezamos a conversar y entonces el rey, con mucha discreción, me preguntó:

–¿A qué debemos que hayas vuelto a visitarnos?

–¡Oh, mi señor! –le contesté–. Has de saber que traigo una carta y unos regalos de parte de mi soberano, el jalifa Harun–r–Raschid.

Pasó el rey a leer la carta que le enviaba el jalifa y se mostró alegre. Después vinieron los regalos, entre los que estaban una yegua que valdría más de diez mil monedas, con una montura de oro incrustada de piedras preciosas; también un libro, trajes suntuosos, cien clases distintas de sedas y unos tapices griegos.

Venía, además, un maravilloso cáliz de cristal,

en cuya parte superior figuraba un león, con un hombre al frente arrodillado y apuntándole con un arco a la cabeza, y, finalmente, cerraba la lista de regalos la mesita de Salomón, hijo de David, que la paz sea con los dos.

Y la carta del jalifa decía lo siguiente:

“Paz sobre el afortunado sultán, de parte del rey Ar–Raschid, el ayudado por Alá. Llegó tu carta a nuestras manos y mucho se alegró nuestra alma. Con la presente, te enviamos el libro titulado *Recreo del inteligente y para los amigos un regalo maravilloso*, y también muchas otras cosas, propias de un soberano. Te rogamos que las aceptes y, sin más, sea contigo la paz”.

Me entregó el rey muchas riquezas y me tuvo en su palacio con toda clase de distinciones. Le di las gracias e invoqué sobre él las bendiciones de Alá. Pasaron así varios días y entonces le pedí al rey que me permitiera regresar a mi tierra. Aunque se resistió un poco, me concedió su permiso y yo me despedí y con otros compañeros emprendí el viaje de regreso, cansado ya de la costumbre de viajar y comerciar.

Navegamos entre una isla y otra sin detenernos, pero, a mitad de la travesía, nos vimos de repente ro-

deados por una gran tropa de hombres armados con flechas y espadas y dagas. Nos atacaron y nos hirieron, y mataron a todos los que les hicieron resistencia y, después de apoderarse del barco y su carga, nos llevaron a una isla y allí nos vendieron a bajo precio.

Me tocó en suerte un dueño con mucho dinero, que me llevó a su casa y me dio de comer y de beber y me trató de lo manera más amable, de tal forma que pronto recuperé las fuerzas y el ánimo y pude descansar. Seguí con él por un tiempo, hasta que un día me preguntó:

–¿Sabes hacer algún oficio?

–¡Oh, mi señor! –contesté–. Soy mercader y no sé hacer otra cosa que vender y comprar.

–¿Y no sabes usar el arco y disparar flechas? –preguntó.

–Eso lo sé hacer y bastante bien –le dije.

Al oír mis palabras, el hombre trajo un arco y flechas y me hizo montar a media noche encima de un elefante. Salimos de la casa y nos encaminamos hacia una selva poblada de árboles altos y frondosos, y allí él se dirigió hacia un árbol grande, de tronco grueso, y me dijo que me encaramara. Me entregó el arco y las flechas y dijo:

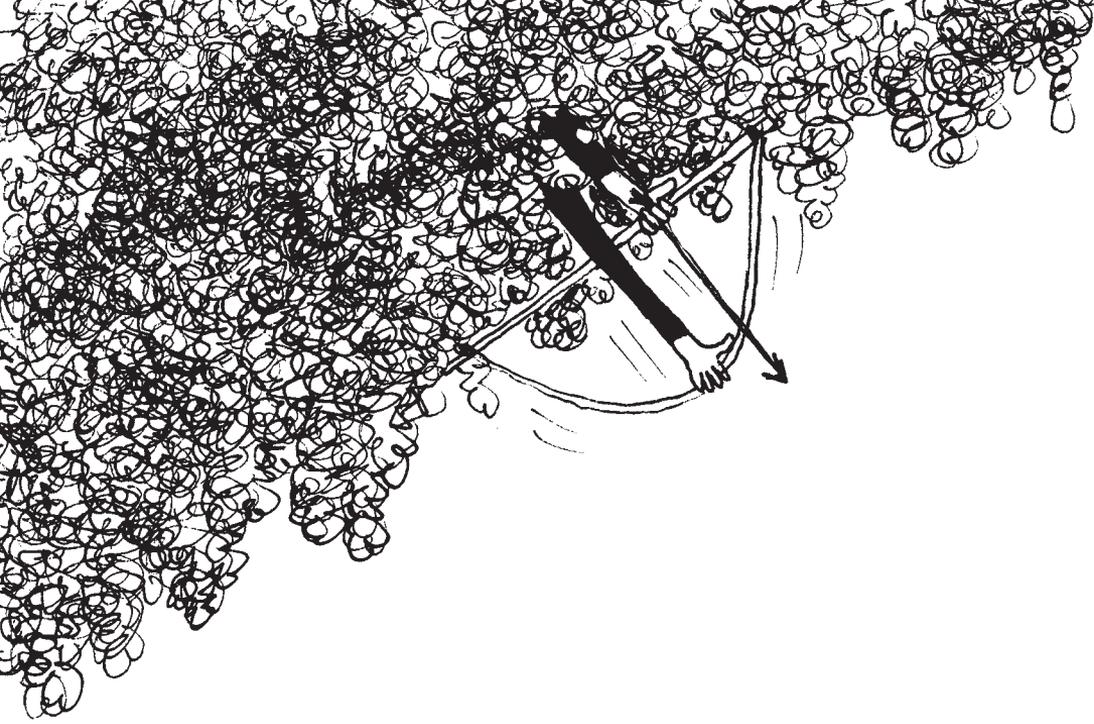
–Quédate aquí y, al amanecer, cuando veas venir una manada de elefantes les disparas con el arco y las flechas y si alguno llega a caer, vienes y me avisas.

Después de decir esto, se alejó y me dejó allí.

Me escondí entre las ramas del árbol, y, muerto de susto, esperé a que saliera el sol. Cuando la luz del día resplandeció, vi venir una manada de elefantes que se metieron entre los árboles y entonces empecé a lanzarles flechas, hasta que logré darle a uno y lo vi caer muerto. Enseguida fui y le avisé a mi amo, quien se puso muy contento y me dio muchas muestras de cariño, y a la mañana siguiente fue a recoger el elefante.

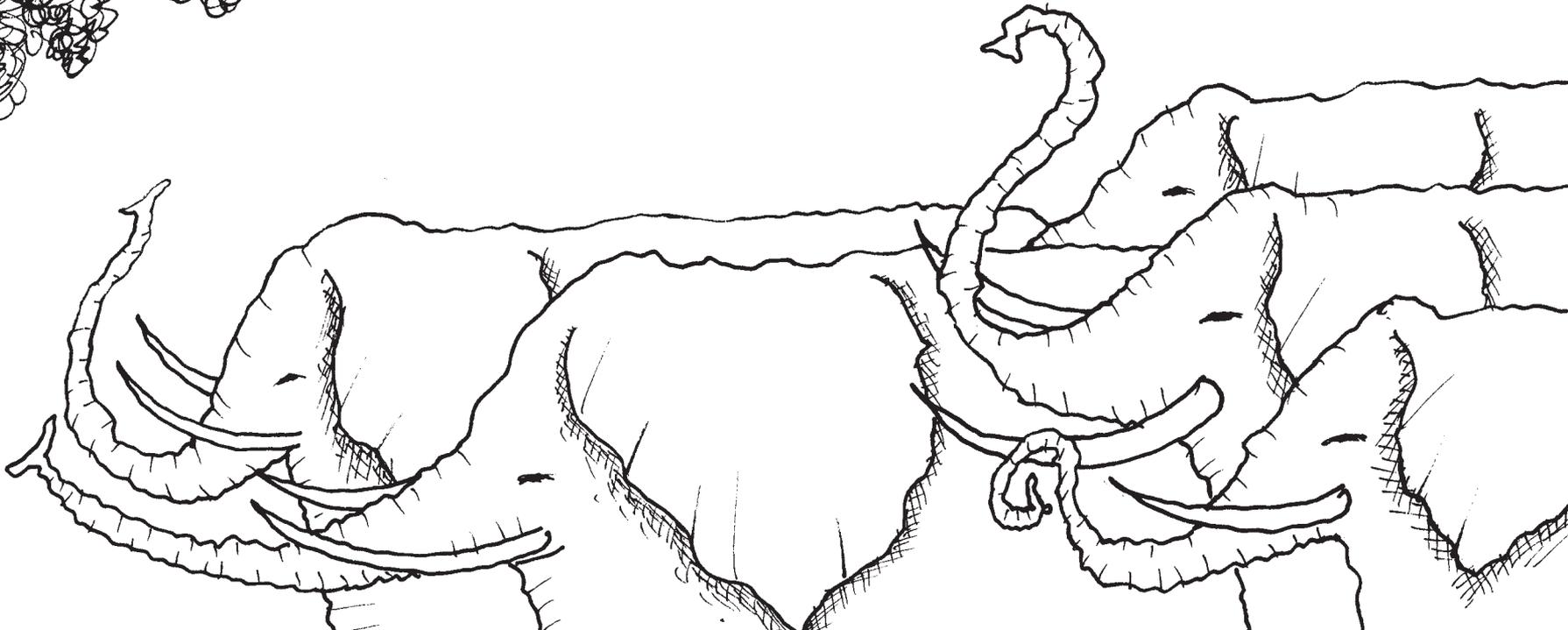
Seguí haciendo esto durante un tiempo y cada mañana dispara mis flechas y mataba un elefante, que mi amo enseguida venía a recoger. Sin embargo, un día, encaramado y escondido en la copa del árbol, vi entonces que se acercaba una manada inmensa de elefantes, lanzando tales berridos y armando tal ruido con las trompas, que pensé que la tierra se sacudía por un temblor.

Los elefantes rodearon el árbol donde me encontraba encaramado y, aunque era un árbol grueso



y fuerte, una de las bestias se acercó y enroscando la trompa lo agarró del tronco, lo arrancó de un tirón y lo tiró a tierra. Caí desmayado en el piso y el monstruo me levantó con la trompa, me cargó en su espalda y echó a andar conmigo, seguido por los demás. Entonces, cuando llegamos a un claro de la selva, el elefante me dejó ahí y siguieron su camino.

Descansé un rato y cuando me pasó el miedo, miré alrededor y me encontré rodeado de muchos



huesos de elefantes y comprendí que era el cementerio de aquellos animales. Me levanté, salí de allí y después de caminar por un día y una noche, llegué a la casa de mi amo, quien se alarmó al verme pálido por el hambre y el cansancio. Se alegró sin embargo de volver a verme y dijo:

–¡Por Alá, me tenías inquieto porque no aparecías! Cuando te eché de menos, fui y me encontré el árbol arrancado de raíz y pensé que los elefantes te habían matado. Cuéntame lo que te sucedió.

Le conté todo y él se maravillo y se alegró y me preguntó:

–¿Recuerdas bien ese lugar donde te llevó el elefante?

–Claro que sí –le respondí.

Entonces nos montamos juntos en un elefante y llegamos hasta el lugar indicado, y al ver mi amo tantos colmillos abandonados se alegró y empezamos a recoger tantos como pudimos. Regresamos y mi amo, tratándome con la mayor cortesía, me dijo:

–Escucha, hijo mío, encontraste la manera para volvernos ricos. ¡Que Alá te colme de bendiciones! Yo, por mi parte te declaro hombre libre. ¡Por amor a Alá!, que los elefantes nos mataban en venganza

por darles caza para quedarnos con el marfil de sus colmillos. Pero tú nos has favorecido, llevándonos hasta ese lugar.

–¡Oh, mi señor! –le dije–. ¿Me darás también tu venia para regresar a mi tierra?

–Desde luego que sí –respondió–. Pero tendrás que esperar a que llegue la fecha de la feria que celebramos cada año y a la que vienen muchos mercaderes de otras tierras para comprar el marfil. Yo te encomendaré para que, una vez terminados los negocios, te lleven contigo de regreso. Ten paciencia que ya la fecha está próxima.

Le di las gracias a mi antiguo amo y permanecí con él lleno de atenciones, hasta que al cabo de un tiempo arribaron los mercaderes y compraron y vendieron y, cuando estaban preparados para partir, llegó mi amo y me dijo:

–Prepárate a viajar con estos mercaderes, que ya se van y te llevarán a tu tierra.

Cuando cargaron todos los colmillos que habían comprado, mi amo se presentó ante ellos y les pagó mi pasaje y me dio varias mercancías para mi viaje. Nos hicimos a la mar y fuimos de isla en isla y de mar en mar, y vendimos y compramos, y fuimos

a varios países y yo también logré vender a buen precio mis mercancías, y me compré una mula y crucé los desiertos de uno y otro país, hasta que por fin llegué a Bagdad, con toda la felicidad.

Me dirigí directo al palacio del jalifa y, después de saludarlo y besarle las manos, le informé de todo cuanto me había sucedido, y el emir de los creyentes se maravilló y se alegró de verme sano y salvo y dio gracias a Alá, el Todopoderoso, y mandó escribir mi historia en letras de oro.

Después fui a mi casa y me reuní con mis parientes y amigos y aquí termina, hermanos míos, la historia de todo lo que me sucedió en mis siete viajes

Entonces, Simbad el del mar se volteó a mirar a Simbad el de tierra y le dijo:

—Has visto, pues, hermano mío, todas las penalidades que soporté y todo los sufrimientos por lo que pasé.

Y Simbad el de tierra le dijo a Simbad el del mar:

—¡Por Alá, no te molestes por lo que dije de ti aquí el primer día, que lo dije sin pensar!

Y desde aquel día nunca se interrumpió la amistad y el cariño entre Simbad el marinero y su

tocayo Simbad el costalero, y vivieron entregados a la dicha y disfrutando de todos los placeres y bendiciones, hasta que al cabo de tiempo vino a visitarlos aquella que pone fin a los deleites.

¡No hay gloria ni poder sino en Alá, el que nunca muere!



LIBRO AL VIENTO

TÍTULOS PUBLICADOS

Antígona
Sófocles

El 9 de abril, fragmento de *Vivir para contarla*
Gabriel García Márquez

Cuentos para siempre
Grimm, Andersen, Perrault y Wilde

Cuentos
Julio Cortázar

Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá, selección
de las *Crónicas de Santafé y Bogotá*
José María Cordovez Moure

Cuentos de animales
Rudyard Kipling

El gato negro y otros cuentos
Edgar Allan Poe

El beso y otros cuentos
Anton Chejov

El niño yuntero
Miguel Hernández

Cuentos de Navidad
Cristian Valencia, Antonio García,
Lina María Pérez, Juan Manuel Roca
Héctor Abad Faciolince

Novela del curioso impertinente
Miguel de Cervantes

Cuentos
Rafael Pombo

La casa de Mapuhi y otros cuentos
Jack London

¡Qué bonito baila el chulo! Cantas del Valle de Tenza
Anónimo

El beso frío y otros cuentos bogotanos
Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes Posada,
Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes, Evelio José Rosero,
Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero

Los vestidos del emperador y otros cuentos
Hans Christian Andersen

Algunos sonetos
William Shakespeare

El ángel y otros cuentos
Tomás Carrasquilla

Iván el Imbécil
León Tolstoi

Fábulas y cuentos
León Tolstoi

La ventana abierta y otros cuentos sorprendentes
Saki, Kate Chopin, Henry James, Jack London,
Mark Twain, Ambroce Bierce

Por qué leer y escribir
Francisco Cajiao, Silvia Castrillón, William Ospina, Ema Wolf,
Graciela Montes, Aidan Chambers, Darío Jaramillo Agudelo

Los siete viajes de Simbad el marino

LOS SIETE VIAJES DE
SIMBAD EL MARINO
FUE EDITADO POR
EL INSTITUTO
DISTRITAL DE
CULTURA Y TURISMO
Y LA SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN DISTRITAL
PARA SU BIBLIOTECA

libro al viento

BAJO EL NÚMERO
VEINTICUATRO Y SE
IMPRIMIÓ EL MES DE
JUNIO DEL AÑO 2006
EN BOGOTÁ

